



33
C10
[Faint, illegible text]

PQ4683

.A3

A58



1020027098



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO
RIGARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



COLECCIÓN DIAMANTE

UANL

89

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. 8588
Núm. Autor A316a
Núm. Adq. 31000
Precio -8-
Fecha
Clasif. 89
Caric.

EDMUNDO DE AMICIS

AIRE Y LUZ

TRADUCCIÓN DE

GERMAN FLOREZ LLAMAS

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BARCELONA
ANTONIO LÓPEZ, EDITOR, LIBRERÍA ESPAÑOLA

RAMBLA DEL CENTRO, NÚM. 20

- 98013

31000

850

A



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
Es PROPIEDAD
U. A. N. L.

PA 4683

A3

A58

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO BRACER
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

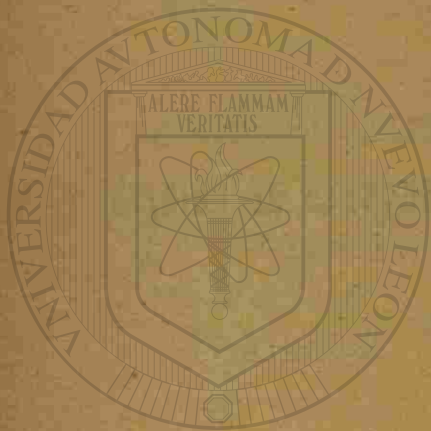
Imprenta LA CAMPANA y LA ESQUELLA, Olmo, 3.

EL SECRETO DE LUISITA

CUENTO

U A N L

47010



EL SECRETO DE LUISITA

CUENTO

Es una juvenil aventura de un pintor paisajista, hoy muy notable, y de quien todos sus convecinos conocen los hermosos cabellos negros rizados, marcados apenas con algún hilo de plata en las sienes, y los grandes ojos azules, llenos de bondad y de melancolía, que pocos habrán visto sonreír. Entonces era una de aquellas figuras que

veían en sueños las muchachas leyendo las baladas amorosas de Prati. Había en su cabellera una imagen de los bosques y en sus pupilas un reflejo de los cielos que su noble pincel buscaba con predilección. Y le hacía aun más simpático el olvido de la propia belleza, que mostraba en el abandono del vestido y en el andar frailuno, con la cabeza baja y á grandes pasos, como un hombre á quien le importaran un bledo los juicios de los demás.

Dió ocasión á la aventura la carta inesperada de un amigo, antiguo compañero suyo de colegio, el cual le decía:— «Querido amigo: Hace tres meses que somos vecinos, y un mes que me tiene clavado en la cama un maldito reumatismo poliarticular. No querrias venir á fumar un cigarrillo á la cabecera de tu antiguo afilador de lapiceros?»

El autor de la carta, «holgazán activo» de profesión, como él se llamaba, y en efecto, un pobre diablo jovial, había sido en el

colegio uno de los más devotos admiradores de su incipiente ingenio de artista, y de su admiración solía darle pruebas todos los días afilándole magistralmente los lapiceros; que era el único arte (decía) en que esperaba «hacerse un nombre». Hacía un año que se habían perdido de vista, un poco como por casualidad; pero más bien porque el pintor era un trabajador asiduo, esquivo por naturaleza á las compañías alegres, con las cuales desentonaba su rostro pálido y triste y se avenía mal su espíritu grave de puritano, intolerante con el libertinaje de las conversaciones juveniles. Pero el afilador de lapiceros, no obstante su carácter ligero y la vida pecadora, le había hecho gracia por la franca cordialidad de buen muchacho.

Por esto, apenas leyó la carta, salió de casa para ir á encontrarlo. Vivía en la calle de Alberto Rota, cerca de él, en una casita elegante, que sólo habitaba con él alguna familia noble.

En cuanto entró en el portal y volvió la cabeza hacia la portería que estaba á la izquierda de la escalera con la puerta abierta, se quedó sorprendido. Vió allí sentada, delante de la mesita de trabajo, con la cara vuelta hacia él, una muchacha, que al principio creyó que sería una señorita de alguno de los pisos principales, que hubiera bajado por algún motivo extraordinario. Pero estaba cosiendo, y no podía ser más que la hija del portero. Tenía la carita pálida, con la blancura de la nieve, rodeada de rizos oscuros é iluminada por dos ojos celestes limpidísimos, admirable por la finura y armonía de sus líneas si bien algo pequeña para la amplitud de matrona de sus hombros, que hacía aparecer aun más fino el talle esbelto y gracioso, sobre el cual se mostraba recta como una amazona.

Todo el mundo, siendo joven, ha visto alguna de estas caras de mujer que causan estupor como si respondieran á un ideal secreto, y que parecen decirnos al encon-

traras por vez primera:—Yo soy la que buscas, tú eres á quien yo espero.

El pintor se paró á mirar á la muchacha como si hubiese oído que le llamaban por su nombre.

Los ojos de ella se fijaron en los suyos, se dilataron y brillaron como expresando su mismo sentimiento: luego se replegaron sobre la labor.

El pintor encontró á su amigo en la cama, ya mejorado; y su carona de hombre contento, su ruidosa charla de colegial, y más que todo el aspecto pintoresco de su cuarto, tapizado con retratos de mujeres guapas, atestado de novelas eróticas y de periódicos mundanos, llenos de tabaco de cigarrillos, le distrajo por un momento. Pero luego, se le presentó delante la carita que había visto abajo, como reflejada en un espejo. Y hubiera querido hacer conversación de ella con su amigo, para saber algo; mas el temor de alguna broma fuera de tono ó de alguna noticia que pudiese herir en su

simpatía, venció su curiosidad. Al día siguiente volvió á la misma hora, y con alegre sorpresa del enfermo, todos los días. Y al entrar y al salir veía siempre á la portera, sentada cerca de la mesa de labor, sola la mayor parte de las veces, alguna vez en compañía de otra mujer como de cuarenta años, ya con el pelo cauoso, que tenía con ella un parecido calumnioso: sin duda su madre; y por la cual averiguó un día, al llamarla por el patio, que la muchacha se llamaba Luisa. Siempre que pasaba se encontraba con la mirada de aquellos hermosos ojos celestes, que, al fijarse en los suyos se ensanchaban, brillaban y luego se recogían, velándose, sobre la labor. Cosa singular. En aquel rostro hermosísimo, en que debían resplandecer la alegría y el orgullo juvenil, había una expresión de melancolía que dejaba comprender que no era pasajera, sino habitual y no de origen reciente; y no sólo era expresión de melancolía, sino de resignación sin esperanza por alguna

desventura, de soledad inconsolable del alma y casi de una humildad dolorosa. Y no podía ser aquélla la tristeza de la culpa porque de la frente blanca, de los ojos dulces, de la boca bondadosa se desprendía una pureza virginal, ni siquiera velada por una sombra de la coquetería más discreta. Luego poco á poco fué observando en aquella cara otra expresión. Deteniéndose á mirarla con mayor fijeza, sus ojos, después de brillar con los reflejos de la más dulce y viva simpatía, se apagaban de pronto como por efecto de un sentimiento opuesto, y su frente, inclinándose, se fruncía, como si expresara un acto de renuncia de la voluntad, la repulsa de una ilusión querida, una indiferencia impuesta con penoso esfuerzo, mientras en los labios contraídos palpitaba una ligerísima sonrisa casi irónica, más amarga y más triste que cualquier palabra.

El misterio alimentó la llama que al cabo de pocos días fué deseo ardiente.

Para tener un pretexto de hablarla, escri-

bió á su amigo dos renglones en los que le decía que aquel día, con gran pena suya, no podía ir á visitarle como de costumbre, pero que iría al día siguiente; se asomó á la puerta con la carta en la mano y dijo á la muchacha:

—Hoy, señorita, no tengo tiempo para subir á casa de mi amigo... Querría V. tener la bondad de entregarle esta carta?—Y entró para dejar la carta sobre la mesa.

Ella, que estaba sentada trabajando como siempre, hizo con la cabeza y con la cintura, al acercarse él, un movimiento como de repulsión, y le miró con ojos inquietos, como temiendo que llegase á ver en la habitación algo que le interesaba á ella ocultar.

—Un amante escondido!—pensó el joven, y miró en derredor. No había nadie, sin embargo, ni mueble alguno tras del cual pudiera ocultarse.

Y entonces, retrocediendo hasta la puerta, murmuró él con voz tímida y cariñosa:

—He sido un indiscreto al entrar así sin pedir permiso... Perdóneme, señorita.

La muchacha se puso encendida, pero no contestó.

Él repitió con mayor dulzura:

—Perdóneme.

Ella contestó que sí con una ligera sonrisa, mirándole con ojos tiernísimos, que enseguida se desviaron y se apagaron; su pecho se agitaba; parecía ansiosa por un deseo impaciente de que saliera y al mismo tiempo contenta de que hubiese entrado sin descubrir nada.

Esperó él á que volviera á mirarle y le dijo:—Qué hermosa eres!—pero sin voz, rozando sólo las palabras con los labios. Ella lo comprendió, su semblante se iluminó, y luego dobló la frente turbada, como sobrecogida de improvisó por repentina tristeza.

Tres días después volvió el joven á recurrir otra vez al pretexto de la carta; pero esta vez fué más atrevido. Al entrar en el portal oyó un hilo de voz armoniosa—voz

de pájaro solitario—que parecía venir de lejos y que cantaba un aire melancólico; del cual no consiguió coger las palabras porque cesó de golpe al acercarse él. Entregó la carta á la muchacha y después de breve silencio la preguntó:

—Era su bonita voz la que he oído al entrar?

La muchacha inclinó la cabeza y no contestó.

Signió otro corto silencio. Y después él le dijo con ternura:

—V. trabaja demasiado, señorita. Siempre aquí metida... al pie de la mesa. Ni una vez la he visto descansar.

Luego añadió con un acento que la estremeció:

—Me da pena.

Ella al fin contestó; pero sin mirarle.

—Trabajo por necesidad—dijo con voz de niña cansada—... y con gusto.

—Pero también el descanso es una necesidad—repuso el joven.—Me agradaría mu-

cho verla alguna vez pasear. Mire que sol tan hermosol levántese un momento y dé una vuelta por el patio... Jamás la he visto en piel

Al oír aquellas palabras la muchacha se estremeció visiblemente y su rostro se turbó como si hubiese sufrido una punzada en el corazón.

—Le he dicho á V. algo que le desagrade?—interrogó de pronto el joven, sorprendido.

—Oh, no—contestó ella en el acto, con dulzura.—Al contrario... Por qué me había de desagradar? Y permaneció como afligida y avergonzada. Mas aun en medio de aquella turbación, las rápidas miradas que ella le dirigía de vez en cuando, expresaban una simpatía tan fogosa y una gratitud tan profunda, que se fué con el corazón emocionado como si se tratara de una franca declaración de amor.

Y su pasión crecía más y más, inflamada por la curiosidad de un misterio que él sen-

tía vagamente, como flotando en el aire, y adquirió tal fuerza que se vió obligado á desaprisionarla de su corazón, fueran las que fuesen las consecuencias á que su decisión le arrastrase. Él era de esas naturalezas ardientes y sencillas, bastante frecuentes entre los artistas y los hombres de estudio solitarios, sin experiencia del mundo aun en la edad madura, las cuales, cuando las muerde el amor en lo hondo por vez primera, pasan por cima de toda razón de interés y de conveniencia, y hacen esos matrimonios precipitados é increíbles de que la gente de su clase murmura y se divierte como de escandalosas locuras; de aquellos hombres para quienes no hay en el amor ni alturas ni descensos sociales, que no discernen en la criatura amada ni siquiera la más patente indignidad moral, que se casan de golpe y porrazo, rebelándose contra todo consejo ó impedimento de parientes ó amigos, con la hija coquetuela del portero, con la costurera analfabeta, con la modelo

aventurera; y no ya por ceguera del deseo sensual, sino por verdadero é indomable amor, porque su ingenua imaginación ve todas las virtudes del alma, todos los refinamientos de la educación, todas las seguridades de una felicidad completa en la persona de que se apasionan.

El joven quizá habría tardado todavía algún tiempo en manifestarse; pero le forzó á precipitarse el hecho de que habiéndose restablecido su amigo, y teniendo que irse á pasar el verano al campo con la familia, ya no tendría, una vez que se marchase, pretexto alguno para volver á aquella casa, y quería, antes que entrar en ella sin pretextos, estar seguro de no entrar inútilmente.

El día antes del viaje, se fué allá á hacer la última visita, resuelto á declararse francamente á la muchacha, para obligarla de esta suerte, si realmente ocultaba algún secreto que la separase de él, á revelarlo.

Allí estaba en su sitio acostumbrado,

atenta al trabajo como siempre; pero con un vestido nuevo, color de violeta, matizado de estrellitas blancas, sencillo y ceñido, que ponía en completa evidencia la espléndida gracia de su figura, y que parecía habérselo puesto de intento, adivinando su propósito, para festejar la declaración de su amor.

Emocionado como estaba — porque sentía en su honrada conciencia á qué le había de conducir el paso que iba á dar — la vió casi á través de una niebla, más bella y más graciosa que nunca, con los ojos más grandes y más puros, y como en lontananza.

Se encaminó á la puerta con pasos resueltos, y después de titubear un poco comenzó con la frase más común de este mundo:

—Cómo está V.?

No fué menos común la respuesta:

—Bien, gracias, y V.?

Mas sobre ambos semblantes relampagueaba el preludio del drama.

El joven saltó el foso.

—Permítame decirle una cosa — balbuceó con voz demudada — y no lo tome á mal. No se la digo por capricho sino con toda seriedad y con todo el corazón.

La muchacha palideció, mirándole fijamente con ojos que expresaban el presentimiento de un gran dolor.

El no veía ya nada. Prosiguió.

—Permítame decirle que es V. hermosa, señorita, que es la gracia y la distinción personificada... que siempre que he venido en busca del amigo, venía á verla á V... y que mi corazón palpita cuando paso por delante de su puerta... y que ahora, mientras le estoy hablando, tiemblo como un niño... déjeme concluir... y que si no temiera ofenderla besaría mil veces esas pobres manitas blancas que trabajan tanto y esos ojos tan bondadosos y tristes que encantan mi corazón...

La muchacha lanzó un gemido de gozo y luego contrajo el semblante con ex-

presión dolorosa; contestándole en voz baja:

—No me diga eso!

—No crees V. que hablo con seriedad?— preguntó ansiosamente el joven.—No me cree V. un hombre honrado?

Esta última pregunta pareció oprimirla el corazón más fuertemente. Y se apresuró á decir con una ansiedad infantil:

—Oh, sí sí... No me diga esto... No me diga nada, se lo ruego; no me haga sufrir... por caridad!

Y como agotada por la emoción, apoyó el codo sobre la mesa, dejando caer la cabeza sobre la palma de la mano, y permaneció así, temblorosa y agitada, con el semblante descompuesto y la mirada fija en el suelo, como aterrorizada.

El joven la miró un momento, atónito, incierto. Luego murmuró:

—Perdóneme, señorita... He sido demasiado... La dejo á V. algunos minutos... Reanímese V. Luego vuelvo.

Y al irse volvió la cabeza para mirarla. Mas ella no se movió.

Maravillado y turbado como nunca, y agitado todavía por la emoción amorosa, subió casi á la carrera las escaleras, plenamente decidido esta vez á preguntar abiertamente á su amigo, á quien encontró atareado con los preparativos de marcha, en medio de un gran desorden de trajes y ropa blanca, y envuelto en espesa nube de humo de cigarrillos. Mas al verlo tan alegre, con la cara encendida por el gozo, y de la cual se traslucía el gusto loco de volver al cabo de dos meses de clausura á la antigua vida de placeres, mantuvo su boca cerrada por el noble pudor de la pasión propia, de llegar á saber algo, que revelando el misterio humillase su amor propio y le arrancara brutalmente su ilusión querida, después de haber cerrado un baúl, sin cesar de hablar alegremente; su amigo se sentó á una mesa donde había un montón de billetes pequeños de banco, preparados

para saldar las cuentas antes de marchar, y se puso á distribuirlos indicando una por una, con palabras festivas, á quien estaba destinada cada cantidad.

—Esta por el caritativo comendador que me da albergue... Esta para el sastre que me viste... y que me despluma. Esta para el médico que me conservó para admiración de los italianos... y así sucesivamente. Por fin tomó el último billete de diez liras que quedaba, y agitándolo delante de un ojo, que guiñó en actitud misteriosa, dijo muy quedo:—Y este á la bella Luisilla, por un servicio secreto... que la delicadeza me prohíbe decir.

Al pintor se le subió la sangre á la cabeza, como si hubiese recibido un insulto.

—Luisal—exclamó.—La hija de la portera?

—Ella, sí—replicó el amigo, continuando con la maliciosa sonrisa.—Ah, también la conoces tú! Es extraño que jamás hayamos hablado de ella. Pues bien, de qué te sor-

prendes? O es que la cantidad te parece demasiado modesta para muchacha tan guapa! Los seguramente, que no le dan más otros. Es la cantidad convenida. Y por qué no habías tú de ser uno de tantos? Palabra de honor, que jamás habrías gastado mejor un par de duros.

El pintor se puso lívido; poco faltó para que no lanzara un grito. Preguntó con voz sofocada:

—Es posible?

Su amigo le miró sorprendido.

—Ah!—exclamó luego riéndose—no es lo que tú piensas. Diablos! Tú no sabes una palabra. Es una suscripción que se ha abierto entre los inquilinos para que el ortopédico Rota le haga una pierna artificial á la muchacha, que hace años la está deseando; cien liras; último modelo perfeccionado, con sus excelentes articulaciones de acero y su piecesito calzado; una maravilla que le hará el mismo servicio que una pierna viva. Pero qué cara tan rara pones? Aposta-

ría á que todavía no has advertido que sólo tiene un *apoyo* la pobre niña! No?... Ay, ya, como tú no has venido nunca á verme más que á las horas en que está sentada trabajando. Pobre Luisilla! Hace diez años, cuando tenía ocho, se cayó de cabeza desde una ventana del piso principal. Hay quien dice también que fué desde una escalera, por un puntapié que le dió el padre borracho, un bruto, que reventó. Pero yo soy optimista y me quedo con lo del piso principal... en suma, una horrenda fractura del fémur, que hubo que amputárselo á cuatro dedos de la articulación.. y es un milagro que esté viva.

Calló un momento; luego, continuando sus vueltas por la habitación y metiendo cosas en el baúl, añadió:

—Hace diez años que anda con muletas. Qué lástima! Si tú la vieras, aun con muletas, qué figura tan magnífica! Mientras fué una muchachilla, dicen, que soportó su estado con valor; quizá con alegría. Bajaba

las escaleras á la carrera, apoyando una muleta en los escalones y haciendo resbalar la otra sobre el pasamanos, con una rapidez que daba vértigo, y todo el día se lo pasaba cantando como un pájaro. ¿Tú has oído alguna vez su voccecita? Luego, con la pubertad, le sobrecogió una tristeza que da compasión. Entonces fué cuando sintió toda su inmensa desgracia. Puede imaginarse escarnio más brutal de la suerte? Mutilar un amor, una perfección de criatura como esta! Y es tan buena como el pan y trabaja por siete: ella es la que cosiendo diez horas diarias, con una habilidad extremada, ha logrado que su madre pueda comer pan blanco. Agrega que ha leído mucho, que ella sola ha estudiado y que sabe mil cosas. En la desgracia se ha dado una educación de señorita. Pero cuán infeliz es!

Cerró otro baúl, encendió un cigarrillo y siguió colocando ropa y charlando.

—Tanto más infeliz cuanto más hermosa es... porque precisamente es la belleza, se

comprende, la que le hace sentir la deformidad con mayor amargura. Agradar á todos y no ser querida de ninguno, que desdicha! Cuida de que no la vean llorar; pero llora por una palabra, por una mirada que la dirijan en la calle, por una nonada; á veces llora la noche entera, dice su madre. Su único consuelo es engañar, estando sentada en la portería, á alguno de los que pasan, el conseguir una amorosa mirada, de vez en cuando, de quien no sabe... lo que le falta. Anda lo menos posible. Tiene escondidas las muletas en un rincón del cuarto, á la izquierda de la puerta, para que ninguno de los que pasan las vean. Una mártir... Tendrá una juventud breve. Pero es hermosa, suerte cruel, muy hermosa! Qué te parece á tí? No veo la hora de que tenga la pierna de Rota, derecha como un uso, con su talle de reina. Será un esplendor. Y al menos tendrá el consuelo de engañar al mundo por la calle, de que todos admiren, sin mezcla de compasión, su hermosura de

ángel condenado. Se podría apostar á que siempre que salga del brazo de su madre llevará á la rastra una legión de suspirantes.

A las primeras palabras del amigo el pintor sintió una conmoción de horror y de angustia, como si en aquel momento estuviera viendo caer las carnes de la pobre muchacha bajo el ensangrentado cuchillo del cirujano. Luego había permanecido inmóvil y mudo, impasible en apariencia, como si aquel hierro imaginario hubiese cortado también de un golpe su pasión, y nada pudiera conmoverlo ya de cuanto le dijeron de aquella desventurada. Y ya no dijo una palabra más que para despedirse en voz baja del amigo estupefacto.

Cuando llegó, sin embargo, al rellano, asaltado por una multitud violenta de ideas y sentimientos opuestos, se detuvo, como desalentado; y tuvo que seguir bajando despacio, deteniéndose de vez en cuando y hacer un esfuerzo para esclarecer su conciencia y recomponer el espíritu y el sem-

blante antes de volver á pasar por delante de aquella puerta. Su amor había concluído pues... ¿Y por qué? Qué había sido su amor? Qué es lo que él había amado? La causa que apagaba su pasión no debería haberla hecho tomar mayor fuerza, si él hubiese tenido un alma verdaderamente noble y buena? Por su mente cruzó como un relámpago una idea sublime, hasta la cual hubiera debido elevar su corazón. Mas no osó ni siquiera medir con el pensamiento aquella altura. Buscó, se representó con la imaginación la realidad secreta y material de la desventura, y huyó con frío temblor en su cuerpo.

—No!—exclamó en su corazón.—Es imposible!—

Y con esta palabra impuso silencio á su conciencia, que en aquel instante calló; pero más confundida que vencida. Luego sintió un consuelo al ver que su pasión se disipaba en un sentimiento tranquilo de ternura y de piedad infinita.

Una vil tentación le asaltó, sin embargo, al final de la escalera; la de salir sin volverla á ver, furtivamente. Mas un impulso imperioso del corazón le empujó hacia la puerta, donde se encontró casi contra su voluntad, inconscientemente, con el sombrero en la mano, antes de haber pensado en lo primero que había de decir.

Al verle le pareció á ella lefa en su rostro que lo *sabía*.

Él la miró fijamente. Vió en sus ojos aquel pensamiento. Todo disimulo era vano.

—Señorita—le dijo con voz ahogada y con una mirada vaga, errante, en torno de su figura,—mi amigo se marcha mañana. Quzá... por algún tiempo... no tendré la dicha de verla. Acuérdesse de mí alguna vez... Yo me acordaré de V. toda la vida.

Si el significado de las palabras hubiese podido dejar todavía una sombra de duda, la habrían disipado el acento y el temblor de los labios con que fueron pronunciados. Eran un adiós.

Ella palideció, brotaron dos gruesas lágrimas que vinieron á caer sobre la labor que tenía en las manos, y le miró con una expresión de tan desconsolada tristeza que él se lanzó para cogerle la cabeza y besar su frente. El ruido de pasos en el patio le detuvo. Se volvió entonces á mirar hacia el ángulo de la izquierda de la puerta, tomó con ambas manos las muletas, las besó dos veces y volvió á dejarlas.

La muchacha dobló la cabeza entre las manos y rompió en llanto. Y él huyó, perseguido por los desesperados estallidos de sus sollozos.

EL ULTIMO AMIGO

BOCETO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ella palideció, brotaron dos gruesas lágrimas que vinieron á caer sobre la labor que tenía en las manos, y le miró con una expresión de tan desconsolada tristeza que él se lanzó para cogerle la cabeza y besar su frente. El ruido de pasos en el patio le detuvo. Se volvió entonces á mirar hacia el ángulo de la izquierda de la puerta, tomó con ambas manos las muletas, las besó dos veces y volvió á dejarlas.

La muchacha dobló la cabeza entre las manos y rompió en llanto. Y él huyó, perseguido por los desesperados estallidos de sus sollozos.

EL ULTIMO AMIGO

BOCETO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL ÚLTIMO AMIGO

BOCETO

—Ven. Aquí me tienes á tu disposición tendido en la poltrona. Ven á descabezar el sueño sobre mis rodillas, como todos los días.

¿Hubiera soñado hace un año, que había de adquirir la costumbre de echarme la siesta con un perro? Porque precisamente en estos días se cumple el año en que mi

hijo lo trajo á casa envuelto en medio periódico como si fuera un pichón asado y lo puso sobre el suelo, haciéndome sonreír por vez primera, después de mucho tiempo, con su postura de rana, tambaleándose sobre las patas delanteras abiertas, blanco y redondo como una bola de algodón. Pobre Dick! Arrebatado á su madre y á sus hermanos, apenas le destetaron, y traído á esta casa entristecida por la desgracia, pareció comprender enseguida por qué le habían cogido y qué es lo que esperaban de él. Ni se asustó al verse en una casa extraña, ni se quejó de su soledad; respondió en el acto á nuestras caricias con demostraciones de afecto, haciéndonos presentir desde el primer instante que llegaría á ser para nosotros no sólo una agradable distracción, sino una compañía y un consuelo; y que, con el tiempo, por más cuidados que nos tomáramos con él, si se hiciera un balance de la deuda de gratitud recíproca, él había de ser el acreedor. Sí, querido Dick; tú no

eres para nosotros un perro: eres un amigo. Y eres precisamente el que se requería para nuestra casa: un amigo que no habla, que no ríe. No me hagas caso; hablo sólo para mis adentros; duerme pues.

Entre tantas deudas de gratitud, tengo también ésta con él, á saber: que me ha hecho enmendar una injusticia. Yo era injusto con su raza; no porque la odiara, sino porque no la amaba, y no la amaba porque no la conocía. Nunca había tenido perros; de ellos no sabía más que lo que había aprendido en conversaciones con los amigos y en las páginas de algún libro; y las maravillas y ternuras que había oído ó leído, las creía más bien flores de la fantasía. No, no creía que un perro pudiese ocupar tanta parte y entrar tan en lo íntimo en la vida de un hombre. Me persuadí de ello poco á poco, viendo crecer á éste en mi casa.

Ahora bien, este sér pequeño que á ratos flanea por las habitaciones con aires de un ocioso aburrido, y á ratos anda con la prisa y el afán de un trabajador ocupadísimo, metiéndose en todos los agujeros, husmeando en todos los rincones y escrutando todas las oscuridades como un comisario de policía; que atrapa pafueles y ovillos, y se hace perseguir con el hurto en la boca como para divertirse con nosotros; que acomete impertérito á un hombrón y huye espantado delante de un embudo; que juguetea una hora seguida con un periódico y hace de león farioso contra una bota; que olfatea las cartas como un enamorado; que maneja los libros como un bibliómano, y escucha á las puertas como un espía...—De tí hablo, Dick, ya que has despertado y me miras... Sí: tú que respondes á una chillería mía con un gruñido, sosteniendo mi mirada, como un granuja pendenciero, y te ocultas después de una mala acción como un culpable consciente; que te vuelves á mirar-

me con gratitud cuando te pongo la mano en la cabeza, y me devuelves el beso con una lametada, y me pones la pata en la boca para que cese de lanzar el silbido que te ataca los nervios; que sigues con la mirada todos los gestos, y te vuelves á todas las voces de la conversación cuando se habla de tí, como si entendieras el sentido de las palabras, y pasas continuamente de manifestaciones de inteligencia que nos confunden, á señales de estupidez que al confrontarlas nos resultan inexplicables, y te muestras alternativamente en el trascurso de una hora, grave como un hombre, jugueteón como un niño, fiero como un animal salvaje, astuto como una mujer, prepotente como un tirano y humilde como un mendigo; tú has logrado ser para mí un objeto de curiosidad y de observación contínuas, un entretenimiento, el pensar de todo momento, que me lleva por mil caminos distintos, á otros infinitos pensamientos é imaginaciones muy apartadas de tí, las cuales relle-

nan todos los huecos por entre los cuales en el pasado solía entrarme el aburrimiento, y aprietan cada día con más fuerza los cien lazos sutilísimos pero muy firmes de nuestra amistad.

*

Sí, Dick querido. Y sabes quien fué quien me hizo sentir el primer impulso de cariño hacia tí? Fué sin quererlo, antes al contrario tratando de producir con palabras un efecto distinto, un señor con gran barba y gran título, á quien yo mandé llamar, cuando hacía un mes próximamente que estabas en casa, porque me pareció que estabas malo. Sabiendo que vivíamos juntos hacía poco tiempo, y creyendo que estaba ya aburrido de tus gracias, fué sincero: apenas te vió, me dijo:—Es bastante feillo.—Luego añadió:—Es un bastardo. Cuánto le ha costado?—Seis reales—contesté.—No los vale—replicó sonriendo. Oh pobre Dick mío! Feo,

bastardo y que ni siquiera vale seis reales! Yo sentí mucha lástima de tí, y desde aquel instante te quise bien, porque te habían ofendido, porque reconocí en tí un desheredado de la naturaleza, y pensé que en ninguna parte encontrarías acogida más que en mi casa. Feo, bastardo y pagado con exceso al precio de un kilogramo de carne! Desde entonces te ofreciste á mi vista hermoso y de pura sangre como aquellos Narcisos de tu raza á los cuales se conceden en las Exposiciones medallas de oro; y desde aquel instante, vencida la repulsión de los primeros días, comencé á cojerte en brazos, á oprimirte contra mi pecho y á sentir con placer en la palma de la mano y en el rostro la humedad fresca de tu hocico negro.

Y cómo me has recompensado! Pensar que en cincuenta años no había experimentado nunca la satisfacción de ver un perro por la calle que desde lejos corría á mi encuentro viniendo á poner las patas sobre

31000

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

mis rodillas como para darme un abrazo! La primera vez experimenté gozo y sorpresa á la par, como un niño; y sin darme cuenta me hizo ir á casa con el capote manchado de barro hasta la cintura.

Mi buen Dick! Poco á poco, fui luego distinguiendo la diferente expresión de tus ojos en los cuales al principio no había visto más que una sola manifestación inmutable, ó mejor, el aspecto mudo de dos cerezas negras, marcadas con un punto luminoso en medio como con una gota brillante de rocío. Reconocí en efecto paulatinamente la expresión de la curiosidad, de la impaciencia, del desengaño doloroso; la acusación de una promesa traicionada, del ruego suplicante y de la exigencia resuelta, sostenida por la conciencia de un derecho y por el temor incierto, que sospecha la burla en la amenaza y la insidia en la caricia, y de la dulzura ostentosa que espía el momento propicio para una ratería inocente.

Oh! qué bien te comprendo ahora cuando

vienes á preguntarme:—Por qué hoy no haces caso de mí? Por qué no salimos?—Por qué se tarda tanto en comer?—Tú te estás mudando para salir: me llevarás?—Quieres tener la bondad de abrirme aquella puerta?—Oh, que ruido es este que viene de la calle, tú, que todo lo sabes?—Y también cuando me dices:—Cómo puedes poner buena cara á este mal nacido, que seguramente odia los perros y que me destroncaría de una patada, si no fuese tuyo?

Ya está despierto, y se queda mirándome para ver si yo duermo.—No duermo, no; puedes quedarte, amiguito. ¿Qué tienes?—Al extender la mano para acariciarlo, con cierta viveza mueve la cabeza como para evitar un golpe, mirándome con los ojos medio cerrados y temeroso. Y por qué? Nadie le ha golpeado en la casa; ni antes de venir á ella tampoco, en los pocos días que

pasaron entre su nacimiento y el cambio de domicilio. Cómo es posible que tema un daño del cual no tiene experiencia y que ignora por completo?

No puede ser sino un terror atávico á la mano del hombre, lo que se le despertó con mi imprevisto movimiento, que no iba explicado con la mirada, como otras veces. Así es de seguro. Oh pobre Dick! Quien sabe cuantas zurras no habrán llevado tus antepasados!—Puesto que él desciende de una línea canina vulgar, de la cual quizá ni un solo individuo llegó á valer medio duro, y quizá ninguno, si llegó á extraviarse, mereció jamás el honor de un anuncio público en que se prometiera el hallazgo más mísero. Quien sabe de qué desgraciada descendencia procede de pobres bestias, apaleadas por amos crueles, apedreadas por pilluelos feroces, envenenadas por perrereros municipales, martirizadas en los laboratorios de fisiología, echadas como alimento á las fieras, ó muertas y de-

voradas por famélicos mendigos! Se podrían quizá contar por los dedos, remontrándose al siglo pasado, aquellos de sus antepasados que fueron amados como él, y quizá él represente el colmo de la fortuna de una prosapia de vagabundos, siempre hambrientos, de siervos infelices del carro y de la gleba, y de víctimas danzantes de la fiesta de saltimbanquis; y quizá sea él el único de tantos que haya conocido la dulzura del azúcar y haya sido elevado á la dignidad de una colehoneta de algodón...

Oh pobre Dick! Quien sabe si no han pasado por mis manos portamonedas y estuches, ó si quizá no me he calzado también guantes hechos con la piel de alguno de sus abuelos; y quien sabe si de alguno de estos no he leído yo las aventuras en los periódicos, en los relatos de alguno de esos crímenes en que un perro es á veces el revelador inconsciente, ó instrumento, ó episodio piadoso; y quien sabe también si entre las muchas pobres animales sin dueño que yo

ví retorcerse en las calles en medio de un círculo de curiosos, mutiladas por un carruaje ó agonizando de hambre ó de vejez, no haya existido un padre remoto de este amiguito predestinado, que más tarde habfa de ocupar tanto lugar en mis pensamientos, y despertar tanto carifio en mi corazón hasta el punto de preocuparme cualquier ligero malestar suyo, como si se tratara de una criaturita humana que me hubiesen confiado sus padres!

*

Pobre Dick mío, mi fiel amigo! Tú vienes todas las mañanas á darme los buenos días, como si este saludo tuviera todavía para mí algún significado; y cuando, irritado de volver á ver el sol, te rechazo, tú esperas mejor ocasión y vuelves. Tú me reconoces desde la ventana en la plaza y corres á ladrar para que me abran antes de tocar la campanilla. Tú vienes á levantarme de la

mesa cuando entra en casa algún amigo, diciéndome claramente:—Eh, deja por un momento de atormentarte el cerebro: te buscan! Y cuando un cantante importuno entona en el patio una copla alegre que me mortifica el corazón, tú, ladrándole desde la terraza para que acabe, cubres su voz y me salvas del tormento. Y cuando vuelvo de noche, apesadumbrado por haber oído ó visto alguna infamia que me ha hecho sentir odio ó repugnancia por el género humano, me consuelo encontrándome en la oscuridad apenas abro la puerta con tu bondad, con tu afecto, con tus caricias, con tu gruñido festivo. Y si cansado y medio enfermo me dejo caer en el sofá con aire insólito de abatimiento, tú, inquieto, al lamerme la mano que cuelga, me dices:—Valor! Tú sabes bien que me da pena verte así,—y si no te hago caso, saltas encima de mí y me miras fijamente á la cara hasta conmoverme.

Ah, esos tus ojos negros y fijos, cuantas cosas me dicen quizá, que yo no puedo lle-

gar á comprender! Y, probablemente, también tú observas y comprendes bastante más de lo que yo me imagino. Creo que alguna vez comprendes que yo tengo un pensamiento constante y terrible, ó que lo sospechas y te esfuerzas por adiyinar cual sea, y á ratos me pasa por la cabeza una idea extraña, absurda, increíble, pero que sin embargo me ilusiona lo que dura un relámpago y me hace temblar: la idea de que tú *sepas*... Pobre Dick! Hasta tal punto tu vista se ha insinuado en la mía. Y gracias á tí vuelvo á sentir algo de aquella dulzura, no sentida hace años, que inunda nuestra alma al acariciar á los pequeños y á los débiles cuya suerte está en nuestras manos, y al hablar de nuevo el lenguaje afectuosamente infantil, á que mi boca estaba ya desacostumbrada desde que no había infancia en mi casa.

Y en las noches de insomnio, cuando huyo con igual terror de los pensamientos del pasado como de los del presente y de

los del porvenir, y de todo lo que pueda detener mi mente sobre la realidad de la vida, y me apura la necesidad de refugiarme con la fantasía fuera de la humanidad que me causa miedo, pensando en tí, encuentro refugio y detienes la vista de los espectros humanos, y entreteniéndome con tu imagen, olvido y me aquieto.

Y también tú me apareces en sueños dolorosos, siendo tú mismo causa del dolor; pero seguido de un dulce consuelo, no de un dolor más agudo, como en los otros sueños; puesto que después de haber soñado que te había perdido y de buscarte afanosamente por las calles llenas de gente de una ciudad oscura ó de estar atado y de no poder socorrer viéndote sangrar y que me llamas con los ojos meribundos bajo los golpes de desconocidos carceleros, siento un gran placer cuando al despertarme percibo tu temblor y tu amoroso gruñido contra mi cara, como si adivinaras mis sueños y vinieses á decirme en tu lenguaje:—

Aire y luz

4

UNIVERSIDAD DE NUEVA LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO..."

REPOSICIÓN DE LIBROS

No, no temas; has soñado; tu Dick está vivo y contento, desecha los tristes pensamientos, levántate y emprende tu trabajo.

Ahí le tenéis ahora con la cabeza erguida y las orejas tiesas, todo tembloroso, mirando fijamente con ojos dilatados á la ventana. Ha oído la voz lejana de un hermano, allá al otro lado de la plaza; la voz de su sangre que despierta en su interior el instinto de la vida errante y libre, la nostalgia de la sociedad anárquica canina, de la cual le he segregado. En tal momento, quizá él lamenta y desdeña el propio estado. Y es justo. Yo olvido lo que le he quitado cuando pienso que le he hecho un beneficio dándole lo que le dado. Pobre Dick! No, yo no soy benéfico contigo; no hago otra cosa más que darte lo que de derecho te corresponde. Yo te debo el alimento puesto que te impido que vayas á buscártelo por el mundo,

como lo hacen tus hermanos sin dueño. Te debo cuidados y caricias puesto que te he encerrado en una prisión, y te he impuesto un horario, una disciplina, un collar, un bozal, y mil sujeciones y respetos que reducen tu vida como la de un colegial vigilado y reglamentado en todos sus actos y en todos sus pasos, y hasta en sus pensamientos. Te debo en justicia la visita del médico y el baño templado y la jabonadura semanal, puesto que te condeno á respirar el humo del cigarrillo, y te privo de las carreras desenfundadas al aire libre, con las cuales no sufrirías nunca languideces de estómago, ni enfriamientos, ni indigestiones. Y como no tengo derecho á la gratitud, que tú me concedes á pesar de todo, no tengo derecho ni siquiera de echarte en cara, como lo hago frecuentemente, los que llamo tus defectos y tus errores.

Pobre Dick! Tú, después de haberme suplicado que te sacara fuera, me plantas, es cierto, en medio de la calle para irte á en-

frascar en cumplidos con el primer perrucho tífoso que te tropiezas: y yo? Cuantas veces en mi vida no he huído la compañía de académicos y senadores venerandos, con quienes me aburría, para irme á conversar con gente sin juicio y de mala fama, que me divertía! Y con qué cara te reprendo injuriosamente porque te apropias una pata de pollo sin permiso, cuando por amor á la vida tranquila, yo mismo pongo buena cara á bribones enriquecidos con el engaño y con la superchería? Y por qué me incomodo cuando ladras al oír la campanilla, cuando escucho con santa paciencia á tanto fastidioso que no hace menos ruido que tú, y no dicen ni más ni mejor que tú? Y por qué me causas repugnancia cuando veo que vas á meter el hocico en algo sucio, á mí que he leído con deleite infinitas porquerías impresas, y que aprieto la mano alegremente á tantos puercos que no viven de otra cosa? Y cómo me atrevo á quejarme... Ah, es una vergüenza, Dick querido. Mira qué

vil mendigo es el hombre á veces. Yo he ido de mala gana á pagar el impuesto perruno al Municipio, como si no fuera una fortuna inmerecida, un contrato de oro sin duda, el tener un amigo bueno, fiel, seguro como tú, por la miseria de veinte pesetas!

*

Qué quieres ahora, para qué urgas con tus patas en mis piernas, mirando á la puerta y á mí con esos ojos suplicantes?

Ya entiendo. Ardes en curiosidad; quieres ir á ver quien ha entrado. Vete, charlátan! Pero no me hagas el acostumbrado escándalo de matasiete, como si á mi casa no vinieran más que ladrones.

Pobre Dick! Aunque no me tuviera tanto cariño y no me dijera tantas cosas con los ojos, le querría bien por el agradable entretenimiento que me produce con aquella variedad infinita de actitudes y de movimientos, que antes no había observado nunca en los animales de su familia. Es tan gracioso

cuando de pronto se para con una pierna doblada y sostenida, y con la cabeza inclinada á un lado, como si le sobrecogiera una duda imprevista, y cuando caracolea y trota con las elegancias graciosas de un potrillo minúsculo, ó cuando está sentado delante del fuego con las patas de adelante juntas, el pecho blanco saliente y la cabeza erguida, como un vanidoso delante de la máquina fotográfica. Hay algo de cómico en alguna de sus maneras de estar y de moverse; y me parece ver en ellas una caricatura intencionada de algunas posturas y movimientos humanos.

Cuando se adormila estando sentado, bajando la cabeza lentamente y elevándola de golpe para reclinarla otra vez muy despacio, me recuerda á muchos oyentes de conferencias científicas, que para que no les descubran, dan á aquélla lenta oscilación del cráneo la apariencia de una aprobación continua ante la elocuencia que les atormenta.

Cuando anda como ladeado, con aquel torcimiento del cuerpo tan bufo, que no puedo mirarlo nunca sin sonreír, vuelvo á ver con el pensamiento á ciertos viejos soldados achacosos de la antigua milicia nacional, que andaban torcidos de aquella suerte, cuando iban á salvar á Italia en la plaza de armas con el inocente fusil al hombro.

Cuando se recoge sobre sí como una pelota, con el hocico sobre el polo antártico, sin enseñar más que un ojo entreabierto, con el cual sigue todos mis movimientos por la habitación, me trae á la mente ciertos viejos maridos acurrucados en el rincón de un wagon, los cuales, queriendo dormir y no fiándose, vigilan con una pupila soñolienta á la joven mujer despiertísima, que tiene sentado en frente un joven viajero sospechoso. ¿Y no reproduce la imagen del espectáculo ameno y lastimoso que da el hombre de su propia imbecilidad, prorrumpiendo en amenazadoras injurias con-

tra sí mismo cuando comete un gran despropósito, al ver cómo se arquea y gira como una rueda, rechinando los dientes y mordiéndose el rabo, como si fuera apéndice de un enemigo?

Y cuando se pone de pie sobre las patas de atrás como un fante, postergando su dignidad de cuadrúpedo y sin advertir la hilaridad que provoca, para alcanzar un pedazo de pan que le ponemos alto sobre su cabeza, no nos da la idea exacta del candidato político, que prostituye su dignidad de bípedo poniéndose á cuatro pies ante el gran elector que le ofrece su voto?

Y el bostezo profundo y sonoro que acaba en un lamento, con el cual corta por la mitad á veces la conversaci3n de un visitante fastidioso, forzosamente me hace pensar en el bostezo ingenuamente sincero con que los niños exhalan su aburrimiento de ciertas conversaciones estúpidas de salón, que á todos hacen reír á hurtadillas precisamente porque expresan el sentimiento

y aun el sentido común, con una franqueza prohibida á los grandes por el código de la buena educaci3n.

Y aquellas orejas! Aquellas dos grandes orejas, que ora se ensanchan como pabellones de trompa, ora se pliegan como hojas mustias de lechuga, y ora se abren una hacia un lado y otra hacia otro, representando el estado de ánimo del que escucha á dos adversarios que hablan á la vez, con el intento de sacar provecho de ambos y sin dar la raz3n á ninguno. Ah! aquellas dos orejas tan amplias, tan ágiles y delicadas, que recojen al mismo tiempo cien sonidos próximos y remotos imperceptibles al oído humano, cuantos astutos embrollones las quisieran para sí! También aquellas dos manchas oscuras que rompen la blancura de su pelo, como dos manchas de café sobre blanquísimo mantel, me recuerdan los chafarrinones de colores estridentes que llevan en la espalda los payasos en los circos para hacer reír al pueblo; aquellos dos

sellos que parecen puestos por la naturaleza por burla á través del lomo y en la punta del rabo, me suscitan siempre no sé qué risa de muchacho, tonta y serena, cuando pienso que él no sabe que los tiene, y que el niño del portero se quedó muy maravillado al ver que no desaparecieron el día que le bañamos en presencia suya...

*

Aquí le tenemos ya otra vez, de vuelta de la expedición, acurrucado sobre su canape literario. Estáte algo tranquilo ahora, que voy á hacerte una confidencia filosófica, querido Dick. Si tú supieras que curiosidad me pica, y me hace pensar horas enteras, de penetrar con la mente en tu cerebro para saber qué es lo que comprendes y qué lo que no comprendes, y cuales sean los confines de esta inteligencia que se agranda y se empequeñece en mi concepto continuamente, como un objeto que se acerca ó

se aleja de la vista, y qué embriones y sombras de ideas te despiertan el espectáculo del mundo y nuestro aspecto, y los hechos y los sonidos que salen de nuestra boca! Si supieras cuanto trabajo con mi pensamiento para medir la distancia que hay entre nosotros, y descubrir tu oculta naturaleza, y la de los lazos que nos unen y la de las barreras que nos separan! Si supieras qué misterio atractivo y solemne se encierra para mí en esta tu cabecita que tengo entre mis dedos como una naranja, en esa mirada tan sencilla y tan oscura á un tiempo, en la cual creo á veces descubrir destellos de pensamientos humanos; el esfuerzo de la palabra que no puede salir, el pesar del silencio forzado, y casi el afán de un alma encerrada en una prisión de huesos y de carne, que sufriendo la mutilación de facultades antiguas guarde de ellas confusa reminiscencia! Si supieras cómo me atormenta de cuando en cuando el pensamiento de que de todo esto no llegaré á

saber nunca nada, que nadie sabrá nada, y que podríamos vivir juntos siglos enteros sin lograr dar el más pequeño paso hacia adelante en el conocimiento de lo íntimo de tu ser, y del concepto que tú tienes del hombre y de las cosas!

Pero, tú eres más afortunado que yo, que no puedes atormentar tu cerebro con estos enigmas, y eres bueno sin saberlo, y amas sin pensar, y vives por vivir, ignorando la desgracia y la muerte...

La muerte. Aquí tienes un pensamiento que nunca me había ocurrido con respecto á tí. Ven acá, Dick. Ponte derecho, ponme las patas en mis manos; y mirémonos en los ojos, para tratar de entendernos mejor.

Qué será de nosotros, mi querido Dick? ¿Estaremos mucho tiempo juntos? Cuál de los dos será el que deje primero al otro?

Ciertamente no quisiera que fueras tú.

Oh! y por muchas razones... Mas si fueras tú, si estoy destinado á verte envejecer y morir, está seguro que gozarás una vejez respetada y tranquila, mi pobre amigo; que no buscaremos á ningún hermano tuyo para que nos quiera cuando no puedas tú hacerlo, que tú serás el único objeto de nuestros desvelos en esta casa donde tú fuiste el primero que hizo reaparecer la sonrisa, y donde serás por tantos años el solo convivente consolador; y que si un golpe del temporal me arrojase al arroyo, dividiría mi pan contigo, y trabajaría hasta extinguirse el último resto de mis fuerzas, aun cuando no tuviera otra obligación, para dulcificar tus últimos días. Mi bueno y querido Dick! Tú podrás perder la vista, los dientes, la voz y reducirte á un pobre cuerpo inmóvil, sin otra vida más que para el sufrimiento; mas no perderás mi gratitud y mis caricias nunca, y tu cuerpo muerto no irá á la tierra sin lágrimas, y tu memoria será para mí dulce y querida mientras lleve

clavado en mi corazón el puñal que me ha traspasado sin matarme.

Otra vez se estremece de pies á cabeza porque ha oído lejos una voz fraternal, y se esfuerza por largarse. Pobrecillo, tiene razón. Se aburre. Mas es su destino. ¡Ay! del que cae en manos de un conferenciante, aun cuando sea un perro.

—...Y si yo soy el primero en irme—oye esto todavía, querido Dick—si yo soy el primero ¿te acordarás de mí cuando no me veas más, cuando sólo te quede el amo joven? Te acordarás alguna vez del amo viejo, que te ha querido tanto; irás aun á buscarlo de cuando en cuando á aquella mesita donde él ha interrumpido tantas veces su trabajo para cojerte en brazos, y sobre aquella almohada donde vienes hoy todos los días á saludarle y donde contestándote al saludo, él ha estrechado tu cabeza contra su mejilla, bañada en lágrimas por un sueño desesperado? Y me reclamarás alguna vez á la memoria del joven dueño, cuando

lo veas pensativo y triste, y le harás reír, y le exhortarás á que salga, que vaya en busca de sus amigos, que te lleve al campo con él, á recobrar al aire libre el amor á la vida y al trabajo? ¿Te acordarás? Harás todo esto, buen Dich, fiel amigo mío, querido consuelo de mi soledad y de mis aflicciones?

Ah, tu mirada fija y brillante me responde que sí, tu lengua que busca mi cara me dice más que si hablara, y tu cola agitada lo promete. Y yo te lo agradezco. Ahora, vete.—Han llamado.—Sé quien es.—Es un señor que viene á leerme un manuscrito.— ¡Ládrale!



NUESTROS CAMPESINOS

EN AMÉRICA

(CONFERENCIA PRONUNCIADA EN TRIESTE)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aire y luz

5



NUESTROS CAMPESINOS

EN AMÉRICA

(CONFERENCIA PRONUNCIADA EN TRIESTE)

Entre los catorce Estados de la República Argentina hay uno llamado de Santa Fé, que recibe la mayor parte de la emigración campesina de Italia, y que tiene una forma muy semejante á la de nuestro país: la forma de una bota inmensa que apoya el pie sobre el Estado de Buenos Aires, y vuelve la caña hacia las vastas florestas mal co-

nocidas del Gran Chaco, habitadas por indios salvajes.

Este Estado de Santa Fé, regado al oriente por el enorme río Paraná, limitado á poniente por el Estado de Córdoba, con una longitud máxima igual á la distancia que hay de Milán á Nápoles, y con una anchura equivalente á la que media entre Milán y Venecia, tiene una capital gubernativa, Santa Fé, ciudad vieja y decadente, y una capital comercial, Rosario, joven y floreciente á la cual acuden por el gran río, barcos de todas partes del mundo. No existe en toda su superficie ni un monte, ni una colina: es una sola llanura vastísima, inclinada hacia el mar tan ligeramente que las aguas se detienen en ella y penetran profundamente en la tierra, adquiriendo por esto una fertilidad maravillosa.

Esta amplia provincia, la cual hace cincuenta años era un desierto, abierto á las correrías de los indios, que avanzaban hasta pocas millas de la capital, encierra hoy

día las colonias más florecientes de la América del Sur; en primavera, es un infinito campo verde que corta el cielo todo alrededor con una línea pura y rígida; en verano, un océano de doradas mieses, donde la mirada no abarca los confines. Precisamente aquí, el centro del Estado, es donde se recoge el mayor número de nuestros campesinos; que forman como una pequeña Italia, puesta en las fronteras de la barbarie, sobre la orilla de aquel río fabuloso, que un italiano remontó el primero hará ahora cuatro siglos. Me esforzaré por haceros vivir en esta pequeña Italia americana una hora con el pensamiento, contándoos todo lo que ví en ella de más notable y de más hermoso en los pocos días inolvidables que pasé allí.

No me detengo á pintar la naturaleza del país, porque no tiene otra hermosura que la inmensidad de su horizonte. Hay sólo

una cosa digna de notarse: un bosque encantador que se extiende entre Santa Fé y la Colonia Esperanza, todo él de *paraísos* y *espinillos*, y grandes *ombú*—el árbol nacional de la Argentina—de amplia y graciosa cabellera: ó mejor que un bosque, un parque enorme, lleno de *palomitos de la virgen*, admirables pajarillos, blancos completamente, con la punta de la cola negrísima, y de cardenales que se posan á cinco y á diez juntos sobre los arbustos delgados, como flores rojas vivientes, y huyen de repente, amedrentados del vuelo de un águila ó del pisotear de una piara de caballos. Y al descubrir el país me adelanto á describir las colonias menores—designadas muchas de ellas con nombres italianos: Garibaldi, Cavour, Nueva Turín, Bella Italia;—colonias que atravesé con un amigo piamontés rápidamente—para llegar á detenerme en la colonia de San Carlos, que es la mayor que poseen mis paisanos.

Y he aquí de qué modo llegamos á ella.

Fué nuestra llegada uno de los episodios más inesperados y más agradables de nuestro viaje, y yo lo cuento ahora porque vale más que el mejor discurso para dar una primera idea del espíritu y de los usos de aquellas colonias.

*

Hacia varios días que recorríamos aquella llanura sin fin, acompañados de un señor argentino, fundador de varias colonias, y venían detrás de nosotros en calesa, dos campesinos piamonteses, que se nos habían unido en la colonia del Pilar, diciéndome: —Donde V. vaya iremos también nosotros, hasta el día que se embarque en el Paraná. —Era un día de Abril, ó sea de otoño, por la tarde. Varias veces habíamos perdido el camino; la colonia de San Carlos estaba todavía lejos; los caballos se caían de cansancio; no hubiéramos podido llegar sino entrada ya la noche, y esto nos contrariaba.

Porque es muy triste viajar de noche por aquella llanura sin fin y solitaria, poco diversa en su aspecto, á aquella hora y en aquella estación, de la pampa selvática. El sol tocaba ya en el horizonte. Hacía mucho tiempo, horas, que no habíamos encontrado á nadie, no se veía una casa por ninguna parte. Nuestros dos coches eran como dos barcas perdidas sobre la superficie de un mar muerto, y aquel andar lento y silencioso, sobre aquel infinito tapiz de yerba, nos había hecho callar hacia tiempo, cuando nuestro amigo argentino, mirando al horizonte, vió una nube de polvo, y apuntando el anteojo, dijo estas palabras, que nos sacudieron los nervios:— Me parece ver una bandera.— Quien podía ser? Dentro de la nube de polvo vimos una mancha negra, luego dos, luego varias: parecía una fila de carros. Fustigamos los caballos.— Señores —exclamó el argentino:— Es la bandera del país de ustedes!— En pocos minutos nos encontramos á diez pasos del primer carro,

que se detuvo—nos detuvimos nosotros—y todo el convoy hizo alto. Eran diez *volantas*, carros de campo largos, de cuatro ruedas, ligeros y pintados de vivos colores, tirados cada uno por dos caballos, adornados de flecos rojos y de ramas: el primer carro con la bandera; los diez llenos de colonos italianos, campesinos, obreros, comerciantes, artífices, la mayor parte piamonteses. Todos saltaron á tierra y corrieron á nuestro encuentro, gritando:— San Carlos! Donde está nuestro *compatriota*?— Ah, que les importaba á ellos que el *compatriota* fuese un pobre personaje, indigno de aquella gran cortesía: era un hijo de su gran madre lejana, á la cual los hijos del país, los argentinos, habían hecho cortesía, y aquella cortesía iba dirigida á ellos, que se sentían orgullosos por ello y se lo agradecían.

Su *compatriota* se lanzó del coche diciendo *gracias* en su corazón; y no hubo necesidad de que él hablase: ellos comprendían bien que toda su alma rebosaba simpatía y

gratitud por ellos, bravos y buenos hermanos, que á cinco mil millas de distancia le hacían sentir el aliento y las caricias de la patria.

—V. está en su casal—dijo el que parecía cabeza de la comitiva.—Á San Carlos!—gritaron los demás y todos subieron sobre las volantas. Sonaron las fustas, los caballos se lanzaron al galope, se alzó un coro de voces alegres y de risas,—devorábamos el camino—y parecía trasformado el mundo á mis ojos.

*

Nadie hablaba en el primer momento en el coche donde yo me había subido, rodeado de cinco ó seis labradores, todos vestidos de día de fiesta y muy afeitados. Refan, se restregaban las manos, como diciendo:—Ahora sí que vamos á estar alegres.—Luego comenzaron á hablar de uno á otro carro en piamontés y en lombardo dándose recí-

procamente instrucciones para que no se rompiera la fila y entrar en buen orden en la colonia. Mis compañeros de carruaje me golpeaban con las manos sobre las rodillas con amable familiaridad, diciéndome:—Ahora no está V. en América; está V. en su país, en el Piamonte; más bien, en familia.—Ya verá V. la colonia de San Carlos. Allí somos todos *patriotas*, millares de piamonteses, la más hermosa colonia de Santa Fé. Mañana le llevaremos á la salida de la misa mayor.—Millares de piamonteses; en las sesiones del Concejo, se habla piamontés; los alemanes, los ingleses, los franceses que tienen negocios con la colonia, es preciso que aprendan el dialecto, y lo aprenden.—Todavía, sin embargo, me faltaba que ver mucho más. Volaban los caballos; en pocos minutos llegamos á la colonia del Sauce, donde viven varias familias de indios. Los carros se detuvieron.—Oiga V.—me dijo el que iba á mi derecha; y volviéndose hacia una vieja india, envuelta en una

capa de cien colores, con una cara rara de color de tierra, con los ojos oblicuos y fijos y una sonrisa de bruja.—Creen Vds. que tendremos lluvia, *cina!* le preguntó. La india le contestó en piamontés: *mai pi, mai pi!* (jamás).—Lo ve V.—me dijo triunfante mi vecino—hasta los indios!—Y todavía no había vuelto de mi asombro, cuando todo el convoy se había lanzado de nuevo á la carrera á través de la campiña desierta, más ruidoso y más alegre que antes. Al caer la noche llegamos á San Carlos, en las casas brillaban las luces, las familias estaban á las puertas, los chiquillos gritaban:—*A son sil A son sil* (ya están aquí).—Los carros hicieron una doble vuelta rapidísima alrededor de la plaza, en medio de los saludos de amigos y conocidos, y luego se pararon delante de una casita, donde una buena mujer de Alessandria y su marido colono me ofrecieron hospitalidad con estas cinco queridísimas é impagables palabras que hacía mucho tiempo que no oía:—*Cerea,*

monsù: ca vena avanti (hola, señor, pase V. adelante).

•

Allá entraron todos, y se entabló una caurosa conversación animadísima de muchas horas, durante la cual me hicieron todos á una voz la historia de la colonia, que algunos de los presentes habían visto nacer, hacía cerca de treinta años. Era en esa fecha, nada más que una vasta llanura inculta, recorrida por manadas de búfalos y de caballos salvajes. Los comienzos fueron difíciles. Los asaltos de los indios y siete invasiones de insectos, en siete años sucesivos, pusieron á los colonos en trances muy duros. Pero el trabajo infatigable, la audacia desesperada y la feracidad grande de la tierra acabaron por vencer. Ahora es una de las colonias más prósperas del país, rica en hermosos edificios y en molinos, riquísima en máquinas agrícolas, habitada por un gran número de familias que

en pocos años han subido de la pobreza á la holgura. En los primeros tiempos surgieron entre ellos discordias religiosas que fueron causa de que se fundaran tres pueblos inmediatos, en uno de los cuales se recogieron los indiferentes, en otro los protestantes, en el tercero los católicos. Habíamos llegado á este.

Muy nuevo es para un europeo el aspecto de aquellos pueblecillos ó *plazas*, como las llaman, que son el corazón de la colonia, el cuartel general de aquella población invisible, difundida á grandes distancias, como un cuerpo de ejército diseminado en un gran número de pequeñísimos destacamentos. No es propiamente ni un pueblo, ni una ciudad: nosotros no tenemos nada semejante. Es el trazado de una ciudad grande, ó como una página de apuntes; con palabras y frases aquí y allá, separadas por grandes lagunas. Una única plaza rectangular vastísima, circundada de casitas encarnadas y blancas, sólo de un piso, por entre

las cuales se abren las bocacalles de grandes vías que no existen;—casas de aldea, calles de metrópoli;—un lujo de espacio verdaderamente regio;—una sencillez primitiva de formas y de colores—luz á torrentes—y el aire de la llanura inmensa: un no sé qué de juvenil y de valiente que habla de libertad y de esperanza. Allí está la casa de Ayuntamiento—el juez de paz—el médico; allí se halla la escuela, á la cual van los muchachos á caballo; pocas tiendas y una iglesia modesta donde van los colonos los domingos, desde grandes distancias, *en volanta*. Los días de fiesta hay gran concurrencia por la mañana y un poco de ruido hasta la noche; todos los demás días una paz de convento y el silencio profundo de la campiña.

*

Habían tenido mucha razón al decirme:—Es preciso que vea V. la mañana del domingo.

A la mañana siguiente, á la hora de la misa, mis nuevos amigos me llevaron por una calle flanqueada de chopos y eucaliptus, que va desde el pueblecillo católico á los otros dos. Me iban diciendo, ya verá cómo le ha de causar *un cierto efecto*. Y así fué, apenas nos pusimos en camino, buen soleado por un tibio sol de otoño, vimos que bajaban á la carrera carros y más carros, á cinco y á diez en fila, cargados de gente: familias enteras, abuelas, viejos, muchachas, madres con los niños en brazos, nidadas de chiquillos; cada veinte pasos campesinos montados á caballo y también mujeres, plantadas á horcajadas en sus sillas; todos vestidos de fiesta, casi todos piamonteses. Les reconocía en los trajes. Llevaban sus chaquetas de terciopelo negro, sus amplios sombreros oscuros, los pañuelos á la cabeza, las cofias, aquellas vueltas de los collares, aquellos colores; pero sobre todo sus caras y sus actitudes; eran nuestros labriegos, nuestras madres, nuestras

hilanderas; eran los quintos del Cananese y de Monferrato; era el Piamonte vivo y genuino que salía á nuestro encuentro, bajo aquel hermoso cielo de América, entre aquellas dos fajas de terreno labrado como una huerta, que semejaba á nuestra campiña. Oh querida y hermosa visión! Mi imaginación engañada buscó por un momento en el horizonte las pirámides blancas de los Alpes; mil recuerdos de la infancia y de la adolescencia inundaron en tropel mi alma; y creí que había pasado de un vuelo el Atlántico, como en sueños, y que todo de un extremo á otro debiera trasformarse y desaparecer. Y no acababan nunca de pasar. La fila de los carros manchaba con una línea negra el camino hasta donde alcanzaba la vista. Cada *volanta* nueva que pasaba era para nosotros un nuevo placer, un soplo de aire del Monviso que acariciaba nuestra frente, una nota amorosa de la voz de la patria que nos revolvía la sangre en el corazón.—Es una satisfacción, no es

verdad?—me dijo uno de los colonos, mirándome fijamente á la cara.—Más es preciso que no perdamos la salida de misa.—Y para no perderla nos volvimos atrás. Todo alrededor de la plaza había centenas de *volantas* y á un lado, una larga fila de caballos ensillados con las cinchas tricolores. La iglesia estaba llena de bote en bote; muchos campesinos se habían quedado á oír la misa fuera de la puerta, de rodillas y en pie, con el sombrero contra el pecho.—Esperemos aquí—me dijeron los compañeros.—Ahora verá V. Apenas salgan, todos vendrán á pedir noticias del país. ¡Tenga paciencia: pobre gente! Les dará un rato muy agradable.

Al poco rato comenzó la salida, apretada y lenta. Vi de cerca todas aquellas caras, aquellos pañuelos, aquellos collares, un tropel de muchachos y de chiquillas que se

llamaban por su nombre entre la multitud por los diminutivos y adulteraciones usuales de los nombres piamonteses; y reconocía el acento de los de Pinerolo y de Alessandria, de los valles del Po y del Dova, puras todavía como en la patria. Algunos, á quienes iban llamando mis compañeros, comenzaron á acercarse, y en pocos momentos tuve en torno una multitud. No hubo necesidad de preguntar á nadie. Todos me dijeron unos tras otros de qué país eran.—Y cómo van las cosas *del otro lado*?—me preguntaron muchos.—¿Qué noticias nos trae?—Algunos me pidieron noticias de sus padres, como si viniendo yo de Italia debiera naturalmente conocerlos y haberlos visto. Otros se quedaban sorprendidos y se reían de satisfacción entre ellos, al oírme decir el nombre de un viejo alcalde ó de un antiguo secretario de ayuntamiento de su pueblo. Luego me dirigían mil extrañas preguntas todos á la vez.—Si había venido á comprar tierras—si sabía si

habrían terminado un cierto ramal de tranvía de vapor en su distrito en Italia—si habían ya licenciado la quinta del 1861—si se había muerto un cierto ecónomo de un pueblecillo.—Pero, decidme vosotros ahora—les interrumpí—como os encontráis aquí en América? Fué una confusión de respuestas curiosísima: hablaban en alta voz veinte lo menos á la vez. Quién se quejó del vino, quién de los abogados, quién de los acaparadores del grano, quién del ferrocarril de las colonias que nunca se llegaba á hacer. (Ahora ya está hecho este ferrocarril). Poco á poco íbamos adquiriendo confianza. Un colono me pidió consejo respecto á cierto pleito. Una campesina del Fion! me preguntó si quería llevar una carta suya para un hermano carabiniero.—Ha hecho muy bien en venirnos á ver—decían, dándome palmaditas en la espalda y cogiéndome un brazo.—Venga un momento á beber un vaso en nuestras barracas. Quédese una temporada aquí con nosotros para ver esta tierra!—Y

mientras los más próximos hablaban, los más alejados, inmóviles, alargaban la cabeza para oír, y tenían los ojos fijos en mí con una cierta expresión de estupor, como si la presencia de aquel conciudadano que acababa de llegar de la patria despertara en ellos recuerdos, pensamientos nuevos y confusos; como si tuvieran algo en el alma, que hubieran querido pero que no osaban ó no sabían decirme.

Pasé varios días entre ellos, yendo de una en otra casa. Y conocí personajes singulares! Encontré antiguos cazadores de Crimea con la barba blanca, y campesinos que tenían en su cuerpo cicatrices de nuestras batallas de la independencia y heridas de lanzas indias, recibidas en las últimas correrías de las tribus del Gran Chaco. Oí referir autobiografías maravillosas de emigrantes que habían tenido que pasar por la

lilera de cien oficios diversos—carniceros, barqueros, coristas, porteros, agricultores;—otros que habían ya corrido azarosas aventuras en el interior del Brasil ó en las repúblicas de la costa del Pacífico;—de otros que habiendo llegado á América miserables y viejos, lograron con valor prodigioso recomenzar la vida, reunir un capital y formar una nueva familia, que se encontraba esparcida de las orillas del río Rojo á las del río Negro. Algunos me hicieron relatos dramáticos de regresos, ó mejor dicho, de huídas llenas de miserias desde lejanas colonias arrinconadas, viajes de centenares de millas á pie, con las mujeres, con los niños, con los animales, bajo el castigo de lluvias implacables, ó envueltos por aquellos terribles huracanes de la Pampa que soplan por entre los 30 grados de latitud desde el valle del Amazonas hasta los confines de la Patagonia.

Pocos—no poquísimos—habían logrado reunir en diez á quince años propiedades

por valor de ochenta á cien mil pesetas, y tenían sumas respetables en el Banco. Y allí como en otros sitios, me ocurrió esto de notable: encontrar, á saber, entre los que más habían prosperado, no pocos hombres toscos y lentos, de mediana inteligencia y de palabra premiosa, de los cuales no habría hecho especial estimación por su aspecto; y por el contrario, reducidos á muy pobre condición hombres de inteligencia abierta y viva, dotados de varias y felices disposiciones, y animosos y trabajadores también. Y la diferencia derivaba naturalmente de lo siguiente: que los primeros habían trabajado durante quince ó veinte años siempre en el mismo camino, con una sola idea en la cabeza, aferrándose obstinadamente á aquella idea á cada revés que sufrían; mientras que los otros, más confiados en sí mismos, porque se encontraban mejor dotados por la naturaleza, se habían cansado pronto de toda tentativa que no daba buen resultado inmediatamente, y se habían

lanzado con nuevas esperanzas por un nuevo derrotero, para abandonarlo luego ante los primeros obstáculos, por la misma razón que antes lo habían abandonado; de esta suerte se habían quedado siempre en perpetuos principiantes. Porque allí, en aquella tierra que se llama la tierra de las aventuras, también vence casi siempre al ingenio versátil, la voluntad pertinaz.

*

Por lo demás los principios son iguales ó semejantes para casi todos los emigrantes agricultores. El labriego llega allí, ó llamado por la familia ó por amigos ya establecidos, en cuyo caso las mayores dificultades están vencidas para él,—ó llega allá desconocido y á la ventura... Porque no es creíble con cuanto valor se lanzan de un mundo á otro, sin tener la menor idea ni de las distancias, ni de los lugares, confundiendo á Chile con la Argentina y al Uruguay con

Bolivia, buscando amigos y parientes que están á mil millas de la costa, con el único auxilio de una dirección malamente escrita sobre una hoja sobada de papel que guardan en el bolsillo entre las últimas cédulas del padrón europeo!

Llega el campesino á las colonias con muy poco dinero y un envoltorio de ropa, y casi siempre, si cae en una colonia bien dirigida, encuentra compatriotas ó extranjeros que le dan albergue y pan hasta que se haya rehecho del aturdimiento del viaje y encuentre trabajo. Si llega antes de la recolección del grano, encuentra fácilmente trabajo en el acto, y con mayor motivo durante la recolección, cuando se buscan brazos por todas partes. Campa de este modo el primer año, trabajando de jornalero con una compensación suficiente. Al año siguiente, según el número de brazos de que puede disponer su familia, toma una ó más *concesiones* de terreno á *aparcería*, recibiendo del propietario los animales y los instru-

mentos. En dos ó tres años, si vienen buenos años, puede separar para comprar primero los utensilios y el ganado, y luego un pedazo de terreno para cultivarlo por cuenta propia. Toma este terreno á plazos; si la fortuna le ayuda, lo va pagando poco á poco; y más tarde lo va acreciendo con adquisiciones nuevas; y una vez logradas estas, va dando los primeros á aparcería á las nuevas gentes que llegan, como hicieron con él: y así sucesivamente. De este modo proceden la mayor parte. Y lo que facilita tal proceso es el precio moderado y la fecundidad juvenil del terreno, limpio de piedras y abierto al sol por todas partes, el mínimo gravámen de los impuestos, el menor cuidado que requieren los animales, que viven en libertad;—y el impulso nuevo y gallardo de actividad que sienten aun las naturalezas más perezosas al encontrarse allí en un continente desconocido para comenzar una lucha nueva por la existencia, ante mil ejemplos de rápida fortuna, en medio de

una sociedad impaciente de conquistadores, en una vasta libertad de espacio y de vida que recuerda la infancia del mundo.

He dicho: los ejemplos de rápida fortuna. Y debe ser en efecto viva, á juzgar por la que yo tuve, la impresión que producen en los que acaban de llegar, los colonos que han hecho fortuna. Yo no reconocía ya en ellos á los campesinos piamonteses. Es una transformación que causa estupor. Los trajes, los semblantes eran sí aquellos todavía; pero todo lo demás había cambiado. Las mismas caras tenían un no sé qué de más abierto y de más simpático; sus maneras un no sé qué de más suelto y más cordial. Parecía que como si habiéndose roto el invólucro que las tenía aprisionadas, todas las facultades de la inteligencia y del alma hubieran alcanzado un desenvolvimiento inesperado. Acostumbrado al conti-

nuo lamento, al eterno descontento de los nuestros, desconfiados siempre ó fingidamente obsequiosos con los señores, con algo de contraidos y cerrados, ignorantes é indiferentes por todo lo que no toca á su inmediato interés, me quedaba encantado al ver á los trabajadores tratarnos de igual á igual con desenvoltura alegre y cortés, al oírles razonar de administración y de política, echar brindis en los banquetes, exponer proyectos de reforma de las escuelas elementales, y dirigirme respecto á su país preguntas que ninguno de ellos, en Italia, habría hecho jamás ni por asomo. He conocido personajes curiosos, absolutamente nuevos para mí, especialmente por una cierta mezcla de afabilidad y de aire de importancia. Un campesino me dijo al oído, gravemente:—Diga en Italia que vengan, que aquí lo que nos falta son brazos: cabezas... las hay!—Y aludía evidentemente á su propia cabeza.—Otro me preguntó sonriéndose con aire bonachón agudo, con el

cual quiso darme á entender que había sofocado generosamente en su alma un antiguo rencor de contribuyente:—Y bien, qué es lo que hace nuestro Quintino Sella?—Varios me llamaban aparte para preguntarme con cierto aire inquieto y ansioso!—Así, en confianza—digamos—cómo va nuestra Italia? es respetada? es fuerte? está en buenas manos?—Porque esta es la grande y consoladora transformación que se ha operado en ellos. El sentimiento de la patria, que mientras estaban en su país, ó dormitaba en ellos bajo el ansia continua de como campar, ó estaba perdido en la confusión de los dos conceptos de la patria y del gobierno,—del gobierno que amenguaba el pan con los tributos y se llevaba los hijos con las quintas,—este sentimiento se ha despertado, vivificado en ellos desde que la patria no es más que un recuerdo de la juventud, desde que ellos mismos han izado sobre los tejados de sus casas y han visto tremolar en medio de las banderas de otros pueblos la

propia bandera, desde que su amor propio de italianos se han encontrado frente á frente y tal vez en pugna con el orgullo nacional de otras gentes. Por esto la imagen de Italia, se presenta á todos ellos bajo un nuevo aspecto, iluminada y como hablándoles por primera vez, y no en la forma del pueblo ó de la provincia, sino del Estado. Y cuanto más tiempo pasa, tanto más se ilumina aquella imagen y habla más alto. En todos, pero muy especialmente en los viejos y en los más cultos, he encontrado un concepto agigantado de la belleza de la naturaleza, de la importancia de los sucesos, de la transformación, de las ciudades, del poder de su país lejano. Y por más que todos hubieran salido forzosamente de su tierra, sin llevar consigo más que recuerdos de privaciones y dolores, no hay uno siquiera de ellos, ni uno solo, á quien haya oído una palabra amarga contra la patria. Antes bien encontré á más de uno que en toda reserva, fraternalmente, quejándose

de que no hubiera sido resuelta todavía, con respecto á la obligación del servicio militar, la cuestión de la nacionalidad de los hijos de italianos nacidos en América, me dijo con voz conmovida:—¿Cómo voy á ajustar este asunto, señor? Yo no me moveré ya más de aquí; pero no quiero que mi hijo sea un desertor. Hagan allá en la Cámara de los Diputados un poco de ruido para que nos quiten de encima esta mancha.

Dos faltas observé. La primera es esta. Sea á consecuencia de la costumbre antigua de no dejar ver los cuartos al prójimo necesitado de quien se veían rodeados ó un resto del antiguo hereditario terror del fisco, noté en los adinerados un estudio inquieto y constante de ocultar su bienestar. Mientras las casas de los colonos alemanes é ingleses, aun menos ricos, están blanqueadas y decoradas, de cualquier manera y aun

cuando no sea más que en el interior, las casas de los colonos italianos son por lo general toscas por dentro y por fuera, y en todo lo que no es de absoluta necesidad abandonadas. Aparte del lujo de la *volanta* y de los caballos, no viven de otro modo, al parecer, de como vivían en su país. Y nada más gracioso que la obstinación con que uno negaba á otro, en nuestra presencia, que fuera un propietario poderoso. Inventaban todo género de cavilosas excusas. Aquellas tierras que decían, sí, eran suyas, pero... no están aún pagadas por completo; ó bien tenían algún pleito sobre ellas; ó bien en el último año habían sido una verdadera ruina. Algunos, más diplomáticos, cuando se les preguntaba:—Cómo van sus negocios?—no pudiendo decir: van mal, y no queriendo decir: van bien—contestaban:—*De la salud no hay queja!*

Re-cuerdo á uno que no teniendo más remedio que confesar que era dueño de veinte concesiones de tierra, replicó instantá-

neamente:—Pero no crean que yo solo soy el dueño de ellas!—y preguntándole yo quien era el otro, pensando que quizá se refriera á un copropietario, me respondió:—Es mi mujer!—Y estos mismos campesinos eran los que entre sí hablaban de ponerse de acuerdo para traer expresamente de Buenos Aires un maestro, pagado sin tacañería para que educara á sus hijos. Y si alguno dejaba escapar alguna expresión de complacencia por haber hecho fortuna, una mirada rápida y severa de la mujer, le hacía volver á entrar súbitamente en el disimulo de su riqueza. Este es uno de los defectos. El otro es más explicable.

No existe entre ellos odio ó aversión á las clases superiores, porque estas están fuera de su mundo: los señores no habitan en su casa y no lo tienen sobre su cabeza; no lo ven y no tienen nada que hacer con ellos. Pero entre los menos acomodados existe una amarga, airada envidia contra los que han hecho fortuna, más amarga y

más airada que la que existe en Europa entre pobres y ricos. Y digo: es explicable, porque todos se han visto por un cierto tiempo en las mismas condiciones, han sufrido de la pobreza juntos, y el espectáculo de la superioridad de los compañeros se hace más doloroso por el reciente recuerdo de la igualdad.

Sin embargo, tanto uno como otro defecto se ven compensados ampliamente por una común virtud, que es un espíritu de caridad admirable—facilitado en parte, ya se comprende, por el mayor bienestar común—pero producido principalmente por un sentimiento más vivo de fraternidad en aquella gran lucha de pocos contra la inmensa naturaleza, y por un sentimiento más delicado de la dignidad nacional, provocado por la presencia de otros pueblos. Cuando una desgracia precipita á una familia en la miseria, los amigos recorren en la volanta toda la colonia y en pocos días traen á la casa sin ventura un tesoro, lo

bastante para pasar por lo menos un año, casi siempre.

Y no sólo ocurre esto, deber es decirlo así, no ocurre solamente en las colonias de nacionalidad única, sino también en las colonias mixtas, en aquellos maravillosos tableros de ajedrez humanos, donde pasando de una finca á otra, se pasa de nación á nación, y se encuentra el colono alemán al lado del lombardo, el irlandés tocando con el belga, el vasco frente por frente del ruso, y por cada milla de calle cambian las estructuras de los rostros, el color de los ojos y del pelo y los usos domésticos y el lenguaje; y todos se comprenden en una lengua única y reina entre todos la paz y la armonía.

Cierto que también allí se lamentan de muchas cosas y con razón. Del gobierno lo primero de todo. La Constitución argentina

es sin duda una de las más liberales del mundo; pero es como la hermosa fachada moderna de un edificio, que interiormente no está terminado en parte, y que en parte encierra restos de la Edad Media; puesto que bien puede llamarse «edad media, en efecto, todo aquel período de tiempo durante el cual los varios elementos antagónicos de aquella sociedad, chocaban violenta y confusamente entre sí antes de aquietarse en la forma republicana federativa.» El progreso civil no pudo seguir de *pari pasu* al progreso económico. El gobierno es tal como puede darse en un pueblo, cuya historia ha sido, desde la guerra de la independencia en adelante, una secuela no interrumpida de guerras civiles, y una lucha casi continua con la barbarie, entremezclada con un despotismo feroz de diez y ocho años. El organismo gubernativo obra como obraría el de un pueblo errante, que camina hacia meta precisa, mas también errante. Los colonos se quejan del gobierno nacional

y del gobierno provincial, más preocupados de las luchas políticas que de las cuestiones administrativas; de las convulsiones interiores que turban con demasiada frecuencia su trabajo y ponen en peligro sus frutos; se quejan de las crisis financieras producidas por prodigalidades insensatas, ó como la última, por un equivocado sistema monetario; se quejan de que la obra emprendida para la difusión de la instrucción pública se quede demasiado atrás con respecto al rápido ensanchamiento del territorio habitado.

Hay más. «Algunos de los más honrados y sabios fundadores de colonias confían sus vastas empresas á ejecutores de segunda mano que no tienen ni sus escrúpulos ni su inteligencia.» Las autoridades judiciales, se comprende, se inclinan á favorecer á los hijos del país. Los agentes de la fuerza pública, recogidos de entre todas las especies de elementos sociales, no se conducen siempre de un modo digno de un gobierno libre y civilizado.

Y no es esto todo. El argentino es generoso, sin duda alguna, tiene todos los ímpetus violentos y nobles de la juventud irreflexiva y caballeresca, es franco, jovial, hospitalario; pero tiene siempre, y no hay porque culparle, el orgullo de primer señor de su tierra; mira un poco por encima del hombro á toda aquella pobre gente que ha tenido que abandonar su patria para irse á buscar la vida en la ilimitada llanura que él conquistó y les concede; y un vago temor de ser dominado por la población inmigrante le hace sentir con frecuencia la exigencia de poner á raya con una palabra altanera á sus huéspedes; y si el nombre de *gringo* que él da al extranjero no tiene ya el significado mortalmente injurioso que tuvo un tiempo, conserva sin embargo todavía una sombra ligera de desprecio que le hiere en lo más vivo del corazón. No son oprimidos por las leyes nuestros colonos; pero, aun cuando no haya ocasión de rozamientos ó de conflictos, sientan algo á su lado ó sobre

sí que les está diciendo continuamente:— Vosotros no estáis en vuestra casa.—Y añadid á todo esto, que todos sufren los inconvenientes de la exigua fuerza colectiva de la colonia italiana; la cual si bien es la más numerosa, no es ciertamente la más influyente, porque es la más esparcida entre las ciudades y las campiñas, porque está formada en su mayor parte de las clases menos cultas, porque no se ve sostenida por sociedades poderosas y porque no está ligada sino por muy escaso comercio con la patria; y también porque la disparidad de la índole y de los trabajos es motivo para una falta lamentable de unión moral entre las inmigraciones de las dos partes extremas de Italia.

*

Por todas estas razones aun los más afortunados claman por su país, y varios vuelven, ó sólo por algún tiempo ó con el firme

propósito de no abandonarlo más. Pero, he aquí lo que entonces ocurre en la mayor parte de los casos. Apenas han vuelto, además de la tristeza de ver, después de tantos años, cambiadas muchas cosas y tantos hnecos como ha hecho la muerte—además de la pena de no encontrar que su patria responde en todo á la imagen embellecida que de lejos se habían formado—bien pronto adviertan, con sorpresa y desprecio, una transformación grande en la propia condición social.

Allá lejos, como cultivadores de la tierra, habitantes de una parte del mundo, rebecha por ellos, no tenían ninguna clase de ciudadanos inmediatamente sobrepuesta á la suya: aquí, por el contrario, sienten de nuevo sobre sus hombros todo el edificio jerárquico de la sociedad antigua. Allá los colonos, acomodados y miembros de la administración municipal, valían algo, eran, ya por sus riquezas, bien por cierto grado de instrucción, de los primeros entre la ve-

ciudad; aquí, se vuelven á encontrar de nuevo por uno y por otro motivo entre los últimos. No pueden sumarse con los señores y se encuentran fuera de lugar entre los campesinos. Se quedan como aburridos, fastidiados por la falta de espacio, por la vida mezquina; contrariados por mil costumbres é ideas á que no estaban habituados hacía mucho tiempo. Experimentan la desazón—para servirme de una comparación que yo mismo oí á uno de ellos—del que, acostumbrado á vestir un traje amplio y suelto, se encontrase metido en un traje muy medido y escaso para su persona.

Y comienzan, por resentimiento, á cantar las magnificencias del mundo que han dejado; luego, poco á poco, lo ven realmente mejor de lo que ellos juzgan—y luego lo desean—y por fin se vuelven allá. Estos nos hablan de la patria con efecto, con tristeza quizá alguna vez; pero fijando la mirada sobre aquel gran horizonte en donde habían visto surgir el sol de una segunda

vida, parecía que dijese:—La tierra en que hemos nacido, esa quedará eternamente en nuestro corazón; pero nuestro último aliento, pero nuestros huesos los recogerá esta, en que han nacido nuestros hijos, esta que conquistada por nuestros huéspedes á la barbarie, fué reconquistada por nosotros á la naturaleza.

Este es su mayor orgullo, el haber sido y ser la gran legión de los roturadores, de los *comedores de tierra*, como allí les llaman, de los devoradores de leguas cuadradas de desierto, el cual se abre, verdea y se cubre de oro bajo sus pies. Y con verdadero orgullo describen y ensalzan la obra de sus vanguardias, de aquellos que trabajan más allá de los confines de las tierras cultivadas en fundar nuevas colonias; alejados de toda habitación y de todo camino, acampados como beduinos, expuestos á la intemperie, amenazados por los indios, constreñidos por el hambre, solitarios é impertérritos frente á su gran enemiga. Se consideran y

son verdaderamente un ejército, y como soldados de guerra recuerdan las batallas, los muertos, los heridos, las traiciones, los reverses. Porque la emigración tiene sus lutos terribles: familias que llegan allí ya extenuadas, y que perdiendo su jefe al llegar, se quedan en la miseria; otras que, atraídas por mentidas promesas á tierras estériles é insalubres, dejan en ellas la vida en medio de la desesperación; otras, víctimas á un tiempo de la ignorancia, de la perfidia humana y del acaso, contra las cuales parece que se ensañan por largos años todos los espíritus infernales. El gran ejército vence y avanza; pero regando el campo de sudor, de llanto y de sangre.

*

En semejante lucha, una parte grande y piadosa corresponde á las mujeres, son ellas á quienes cuesta más trabajo la emigración, más difícil el hacerse á aquel mun-

do y á aquella vida nueva. El hombre tiene la lucha violenta con la tierra que le cansa y le distrae; pero la mujer, ocupada en trabajos que dejan su inteligencia libre, piensa y se roe el alma. Como en las otras colonias hice una visita con mi amigo, á muchas casitas lejanas, y hablé con varias campesinas. Pobres criaturas! Algunas me contaban las angustias de los primeros días: los maridos trabajando la tierra á gran distancia, hasta de noche á la luz de pequeños faroles colgados al timón del arado y en los cuernos de los bueyes, y ellas solas los días enteros y las noches en medio de aquella llanura sin fin que les llenaba de miedo como un Océano.

—Ah!—decían en los primeros días:—Mucho mejor un pedazo de pan en el Piamonte que ser señores aquí! No viviremos por mucho tiempo en este país!—Y lloraban, y hubiesen querido volverse á Italia enseguida, á todo riesgo y sufriendo todo género de sacrificios. Luego, poco á poco, se habían

ido haciendo, pero siempre con dificultad. —Ahora van mejor los negocios—me decían—pero nuestros pensamientos, nuestras afecciones estarán siempre allá, donde dejamos nuestros muertos.—Y nos enseñaban los recuerdos de familia, fotografías amarillentas, mechones de pelo metidos en los cuadritos colgados en la pared, entre los retratos de Garibaldi y de Víctor Manuel, y hojas de periódicos viejos ilustrados, con la figura de Italia coronada de torres, clavadas en los armarios. Una de ellas se excusó de no haber sacado la bandera italiana, como habían hecho las demás, diciendo que el viento se la había hecho jirones y estaba precisamente cosiéndola con cuidado en la falda. Recuerdo muy bien la exclamación apasionada de una pobre piamontesa, de quien se decía que sufría horriblemente del mal del país: cuatro pobres palabras que valían un poema sobre la nostalgia. Presentándome de improviso delante de ella, le pregunté de que parte de

Italia era. Me contestó suspirando:—De Pinerolo.—Yo vengo de Pinerolo—le dije.—*Ah! Santa María Virgen!*—exclamó juntando las manos; y durante un rato no abrió más la boca.

Algunas me enseñaban con gran complacencia los cuadernos que sus niños hacían en la escuela, que escribían en italiano y en español, porque la enseñanza del español es obligatoria. Varias tenían razones particulares de pesadumbre: una de no tener tiempo para cultivar un poco de huerta, como en Italia, donde tenía tantas lechugas hermosas y tantos rábanos; la otra por no poder charlar cuatro palabras con las amigas á causa de las grandes distancias, las cuales en efecto, hacen bastante difíciles en las colonias los placeres del corro y de la charla femenina. Encontramos también más de una que se lamentaba de la pobreza de la iglesia, de las raras funciones religiosas, del poco tiempo dedicado generalmente «á las cosas del alma». *Trigo, plata, pla-*

ta, trigo—nos dijo una buena lombarda, y no se habla jamás de otra cosa; que Dios nos perdone! Como acabarán estos pueblos, da espanto pensarlo! Y casi todas deseaban volver á su patria, antes de morir, al menos una vez, al menos por un mes, para volver á ver á su padre y á su madre, el pueblo, aquel rincón del cementerio, aquel valle, aquellas montañas. Y no se puede explicar la expresión de la palabra prolongada con que nos decían adios, un adios mudo, lleno de una ternura y de una tristeza que no se refería á nosotros, pero que por lo mismo nos hacía impresión más honda. Más de una, por delicado instinto, nos presentaba á sus niños en brazos al desearnos buen viaje, diciendo:—*Da un beso á este señor que se vuelve á nuestro país.*—Y salía fuera de la puerta para vernos marchar. Y la vista de lejos de aquella pobre campesina italiana, con un niño en brazos nacido á orillas del Paraná, con otros niños á su alrededor nacidos en Italia, delante de aquella pobre

cabaña solitaria sobre la cual se mecía al viento la bandera nacional, en medio de la ilimitada pampa de América, representaba para nosotros el amor de la patria y la santidad de la familia en la forma más poéticamente dulce, triste y solemne que pueda concebir la mente humana.

*

En suma nos pareció que la familia de los campesinos era la parte de nuestra emigración más sana, más benemérita y que más honor hace al país. Y quizá este juicio sea dictado por una predilección del corazón. ¿Pero no es justa la predilección? Es esa clase al fin el gran fundamento sobre el cual todo el edificio social se apoya y se levanta; y mientras es la clase que de la unificación y de la libertad ha recabado las menores y menos directas ventajas, es sin embargo la que ha dado á aquel empeño la mayor copia de sacrificios y de sangre,

la que todavía forma el nervio de nuestra fuerza: es la única clase absolutamente necesaria, la gran nodriza austera, de la cual todos sacamos la vida, á quien todos pedimos la salud y el vigor de la nación. Y su viejo orgullo latente es legítimo, y la ignorancia no culpable, y el mundo que ha hecho del nombre suyo casi un aditamento de desprecio es cruel y estolidamente injusto é ingrato. Que si en su país, en las condiciones ordinarias, no nos aman, esto es lógico: sus desconfianzas y sus aversiones no son más que una forma de defensa y el efecto de una amargura acumulada por siglos. Mas apenas les encontramos y les tratamos fuera del círculo de los intereses y de los sentimientos que nos hacen chocar, renace en nosotros la simpatía irrefrenable por el hombre primitivo, por nuestro padre antiguo, por aquel que es como nuestro sustituto hereditario en el gran servicio de soldados que debemos á la tiranía de la tierra. Y por esto es por lo que

antes que nuestro corazón de patriotas, se vió satisfecha nuestra conciencia de hombres al ver en otro mundo, sino toda, al menos una representación de aquella clase, rehecha y ennoblecida por la fortuna.

*

En tales cosas pensábamos en aquellos días, que fueron demasiado cortos. El de la marcha no fué alegre.

Cuando nos íbamos nos quisieron acompañar durante varias millas hacia la ciudad de Santa Fé. El convoy de las *volantas* se formó y salimos al galope á través de una ligera niebla blanca, encendida por los primeros rayos del sol. La campiña era siempre la misma de los días anteriores: inmensa y triste. Sólo de media en media hora, encontrábamos una larga fila de aquellos extraños carros de la pampa, de colosales ruedas, tiradas por tres pares de bueyes, semejantes—á lo lejos—á casitas suspendi-

das en el aire—ó á una de aquellas carretas de comerciantes napolitanos, tiendas ambulantes donde llevan un poco de todo, arrastradas por seis ó siete caballos, que pasaban como un torbellino y se perdían de vista apenas encontradas. Recuerdo que el camino estaba en muchos sitios gris por las palomas salvajes, y que por los campos había muchos *pechos amarillos*, pájaros preciosísimos, con todo el cuello y la pechuga de un amarillo maravilloso; y de algunos árboles salían huyendo nubes de torcos negros. La niebla desapareció y se quedó un día espléndido. A algunas millas de camino, comenzaron las separaciones. Pero después de habernos saludado y de haber caminado un trecho hacia su casa, muchos colonos, con gentil pensamiento, volvían de nuevo la *volanta* y se unía otra vez á nosotros, nos pasaban delante ó iban á esperarnos á una revuelta lejana del camino, para dirigirnos una palabra y un saludo más.

Todavía una decena de ellos nos siguieron más lejos, entre los cuales estaban los dos fieles campesinos que nos habían acompañado á la colonia del Pilar. Y estos no nos abandonaron ya. Les encontré á mi lado por las calles de Santa Fé, en el patio de la fonda, en los salones del Club italiano, entre la multitud que festejaba la inauguración de los trabajos del ferrocarril de las Colonias. Y á lo largo de la orilla del Riacho, á media noche, cuando fuimos á embarcar, aun estaban á nuestro lado—subieron con nosotros al vapor y no se separaron hasta el momento de la salida, siendo los últimos en bajar después de habernos echado sus brazos al cuello y acercado al nuestro sus rostros quemados por el sol, por alguno de los cuales corrían las lágrimas. Ya se deslizaba el vapor sobre las aguas del río y todavía seguía viendo en la orilla oscura el grupo de mis buenos colonos, que me enviaban el último adiós, agitando sus brazos en alto como para enviar

aquel adiós por cima de nuestras cabezas á la patria inmensamente lejana.

*

Estos son los recuerdos que traje de las colonias que yo ví, que son las mejores de la Argentina. Tocar la cuestión económica de la emigración no es mi oficio, ni sería este el lugar y la ocasión. A otros corresponde juzgar, entre los que no ven en la emigración más que el daño de una resta de brazos y de dinero á la madre patria y exhortan al gobierno á impedirlo con todas sus fuerzas; y los que por el contrario, ven en ella, en estas colonias espontáneas y libres, que nada cuestan al Estado, que dilatan el campo del tráfico de Italia, que le envían en parte el fruto de sus ahorros, ampliamente compensados los daños que los otros lamentan. El hecho es éste: que la emigración existe, y que la última gran información agraria ordenada por el Gobierno

italiano, y llevada á cabo por ciudadanos eminentes de todas las escuelas y de todos los partidos ha demostrado por manera irrefragable las causas inmediatas é imperiosas; el hecho es que mientras nosotros discutimos, salen á millares. Hay pues un deseo que manifestar, del cual nadie puede disentir, cual es el que nuestro Gobierno haga cuanto esté en su mano para que esta vasta emigración, que él no puede prevenir ni debe estorbar, marche organizada, ayudada de consejos al salir, no hacinada en los vapores como lastre humano despreciable, protegida al arribo contra los abusos malvados de los traficantes de la miseria; con lo cual, al menos se logrará que no se haga disipación y mercado de toda esta sangre que huye de las arterias de la patria. Esto es de desear y no sólo por razones de humanidad, sino porque cuando la historia de América pague solemnemente la deuda de gratitud á la obra gigantesca de los colonos italianos, sería demasiado doloroso para su

patria el recordar que no había hecho nada por adquirir el derecho de mostrarse orgullosa de ella. He dicho deuda de gratitud, y con este sentimiento, al terminar, mando un saludo á aquellos valientes trabajadores que ensanchan con el arado los confines del mundo civilizado y á sus mujeres valerosas, á quienes el abandono de la patria ha despedazado el corazón, pero no entibado la caridad, ni amenguado las energías. El saludo no es más que de un pobre amigo suyo; pero reperentiendo en vuestros corazones, pasará el Océano, remontará el gran río y llegará hasta sus cabañas, donde será acogido con el mismo afecto con que es enviado.



RECUERDOS DE NAVIDAD

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





RECUERDOS DE NAVIDAD

Me parece que se remontan á muchos años antes de la Revolución francesa los recuerdos de mis primeras fiestas de Navidad; y están representados por una gran caja llena de dulces acaramelados y de frutas secas, que todos los años nos enviaban de Turín unos parientes ya viejos. Veo, como al rasgarse una nube, en medio de la mesa

coronada por numerosa familia, aquella querida figura redonda, dividida en sectores multicolores con aquel papel guarnecido de encaje y aquellos lazos plateados y dorados, que me fascinaba como una caja llena de joyas, y que ha conservado entre los recuerdos de la niñez la misma importancia que tuvieron luego entre los recuerdos de mis viajes ciertas obras de arte famosas. Y cuanto más envejezco, aquella cajita maravillosa se agranda y adquiere una belleza inmaterial, se convierte casi en la imagen de aquella edad feliz, de aquella familia buena y contenta, de todas las esperanzas que entonces sonreían bajo nuestro techo. Y todavía hoy, á cualquiera á quien yo oiga, en cualquier momento, recordar las fiestas de Navidad, brilla delante de mi imaginación aquel tesoro, y siento la sacudida del placer con que metía dentro las manos.... antes de la revolución francesa.

*

Luego la caja ya no vino más; los parientes viejos murieron, pero la fecha de Navidad tuvo otros goces: el de contar el dinero acumulado de los regalos que el padre dejaba en nuestra posesión por todo el día, el placer de palpar, de echar á rodar sobre el piso y sonar en la lucha aquellos pocos escudos honorarios, fantaseando compras principescas y locuras fastuosas, y el placer bastante más vivo de ir por la noche al teatro, á la inauguración de la temporada de la Opera, en la cual formaban las *masas corales* seis perros y seis gatas. Qué delicia el comer con aquel pensamiento, viendo bailar en torno de la mesa los fantasmas de Manrique y de Leonor, de Fernando y de la Favorita, con la boca abierta de par en par y los brazos por el aire, y engullir á escape la fruta, oyendo ya con el oído de la impaciencia el afinar de la orquesta, para echar luego á correr por la calle con el último dulce en la boca!

Oh, memorable noche de Navidad, cuan-

do cantó *Hernani* Toto Cotogni, entonces principiante, pero preconizado ya como gran artista, llovido por no sé qué favor del destino, sobre aquel modesto escenario de provincial Siempre volviendo á pensar en él, veo detrás del sombrero con plumas de Carlos V, el rostro de un viejo hermoso y honrado y el de mi buena madre, como aquella noche les ví, ambos á dos sonrientes de amorosa lástima al ver mi impaciencia febril, y me parece oír que dicen, mirando el reló:—Es pronto; pero vamos, vamos ya y diviértete, pobre hijo; es tu fiesta de Navidad.—Aquello quedó definido en mis anales domésticos, con el título: *la Navidad de Cotogni*.

¡Qué Navidad tan desconsolada después, al volver por vez primera del colegio! El padre en cama hacía meses, como muerto; la familia con estrecheces, los hermanos

ausentes, la casa muda; un día de invierno cerrado y crudo que lo pasé llorando con mi madre, con sus manos entre las mías, hablando del pasado destruído, del presente infeliz y del porvenir oscuro; una comida silenciosa en aquella mesa un tiempo rodeada de semblantes tranquilos y regocijada con risas juveniles, solos nosotros dos en medio de tantos recuerdos, como sentados sobre un montón de ruinas. Ah, aquel beso dado al pobre viejo, todavía vivo, pero perdido ya, que reconociéndome con trabajo, pareció sorprendido de mi presencia preguntándome el porqué con la mirada, y después de haberlo oído, repitió como inconscientemente y con voz desconocida al hijo:—Navidad!.. Navidad!—Cuán dolorosa sonó en mi corazón aquella alegre palabra, llena de tantos recuerdos adorables! Cuán tétrico y solemne me pareció al salir de allí el sonido de mis pasos por aquellas habitaciones vacías, en las que no había de volver á entrar nunca, y cuán fúnebre aquella no-

che en vela con la cabeza entre las manos, oyendo golpear la nieve helada en los cristales y los cánticos apagados ya de los borrachos del día de fiesta! ¡Qué tristísima Navidad!

*

Al año siguiente una fiesta de Navidad ruidosa, entre cuatro cientos compañeros de armas, en inmensa sala, á donde subían los platos de las cocinas subterráneas, en un amplio torno, amontonados á centenares, y de donde una nube de camareros los distribuían volando en ocho mesas enormes que parecían preparadas para un gran banquete político. Aquel día había extraordinario; un plato de arroz indeterminado y un budín misterioso con salsa inescrutable: extraordinario superfluo para nosotros, ya atiborrados de pastas modeneseas, de las cuales se hacía gran derroche en todas las fiestas, á las horas de salida. Qué her-

vor de alegría! Y nadie sentía envidia mirando los sitios vacíos de los compañeros que habían ido á sus casas, á los pueblos más próximos. Aun quedaba una compañía tan numerosa! Y luego que lo que se festejaba era nuestra Navidad, puesto que creíamos que con nosotros recomenzaba el mundo; y si no todo, Italia al menos: Italia que estaba toda ella representada en aquella caldera enorme de esperanzas guerreras, cuyos vapores daban fuerza de vino generoso al aguachirle de la Administración. ¡Qué inolvidable, viva y alegre Navidad!

*

Un año después, una comida de Navidad en prisión, en una celda de cárcel, bajo los techos del palacio ducal del «Rogantino», con una mesucha por silla y por mesa, con las piernas ateridas envueltas en una manta de jerga, al resplandor de una luz mortecina y al ruido de la lluvia lanzada por el

viento contra los cristales de la ventana con rejas. Pero no hay estado por triste que este sea, que no tenga su consuelo, como dice Pállico en *Mis prisiones*. Me consolaba un pollo fiacucho en el asador, y no por su propia virtud, sino porque era una prenda de leal amistad, un saludo en carne y hueso mandado al prisionero por los compañeros compasivos, por un sargento de guardia misericordioso, y llevaba en el vientre cinco cigarros Cavour, envueltos en una hoja de papel arrugada en la cual un amado Pí-lades mío, arriesgándose á entrar él también en chirona, había escrito con lápiz un dístico cortado, sacado de la *Antología*:

.....che dei provi è degno
serbar nella miseria altera fronte.

que es digno de valientes
guardar en la desgracia alta la frente.

Fué este el regalo más querido de Navi-

dad que yo he tenido, y aun cuando haya sido el más solitario y el más frío, no fué aquella la Navidad menos alegre de mi vida.

*

Luego la primera Navidad de oficial, en el cuerpo de guardia de las cárceles de Messina, un agasajo nocturno á los camaradas, con los cuales por tradición debía ser *remojada* la primera guardia. Una pobre y desnuda habitación, pero perfumada de naranjos y mandarinas; un mezquino azafate de dulces, pero una noche encantadora; dos velas de sebo sobre tosca mesa, pero por la ventana abierta como si fuera verano, gozando la vista del puerto, brillante de luces, del mar plácido, de los montes de Calabria y del gran cielo estrellado. Y hubo sesión de poesía espontánea, ensayo de canto coral y discusión estratégica de un «plan» de guerra contra Austria; y después de expugnado el cuadrilátero, se bailó la

tarantela. Y qué embriagador era el malvasía aquel año! Tan embriagador que una hora más tarde del nacimiento del Redentor, acabada la fiesta, habiendo subido el capitán de guardia á preguntarme el santo y seña en presencia de los soldados en formación, por más que anduve buscándolo no lo pude encontrar, y así se lo confesé al oído confiando en su misericordia. Y el buen capitán me contestó también al oído:

—Pase por esta vez, en gracia á que es su primera guardia y Navidad; pero que no le vuelva á ocurrir.—¡Ah, qué buenos eran el malvasía y los capitanes, y qué estrellada estaba la noche de Navidad de aquel año!

Tras de esta vienen navidades tristes de soltero, separado de la familia y del regimiento, amargado por el remordimiento de no haber podido hacer una escurribanda por Turín y pasar las fiestas en casa; comi-

das envenenadas, engullidas casi á la fuerza en fondas pequeñas y solitarias, después de haber recorrido durante horas enteras la ciudad, como el desesperado que va en busca de un duro salvador, para encontrar á un amigo, á un conocido cualquiera, solo, lo mismo que yo y llevármelo á cenar conmigo; y buscar en vano el consuelo en la botella que producía una embriaguez triste, ó en la conversación mendigada humildemente á un vecino de mesa desconocido, á quien llegaba á hacerme sospechoso; y concluir la noche estúpidamente en un teatro lleno de gente alegre, ó flaneando por las calles desiertas, recordando con tristeza la dulzura de las navidades familiares, representándome á la madre ausente que quizá en aquel momento suspiraba con lágrimas en los ojos:—Por qué no ha venido?—jurando mil veces que jamás, jamás habría pasado una Navidad tan triste, de hijo desmemoriado y de perro abandonado.

Una Navidad extraordinaria en aquellos verdes años, no sé si diga celebrada en la soledad de mi cuarto, donde me encerraba hacía dos meses, como un anacoreta en una gruta, en un estado de excitación psíquica aguda, nacida del propósito de practicar un cierto ideal falso de perfección evangélica, del cual pensaba que habría de originarse una obra maestra de literatura mística que hacía tiempo bullía en mi cabeza; una extraña comida vegetal, casi aérea, conforme á mis nuevos principios, «consumida» con ciertos hechos y maneras graves de sacerdote en el altar, entre la tentación de una botella de Pomino que me había impuesto no beber y un mazo de cigarres que me estaba prohibido fumar: fortaleza heroica! Y luego la noche entera pasada en una especie de embriaguez lúcida de la imaginación y del sentimiento, alternando con meditaciones filosóficas, expansiones líricas y oraciones de mi invención, invocando la prueba de algún sacrificio sublime, jamás oído

en el mundo, en pro de la humanidad... Una fiesta de Navidad entre de santo y de loco, que, al recordarla, me hace sonreír de lástima; pero sin mezcla de vergüenza, porque ocurrió en una edad en la que se suelen hacerse muchas cosas más locas y bastante menos santas...

*

Después vuelta á pasar las navidades en casa, recogidos y felices; una de ellas sobre todo, inolvidable: Navidad y Resurrección festejados todos juntos: la madre á quien habíamos creído perder, sentada otra vez á la mesa en ese día por primera vez después de larga enfermedad, en la cual nos había dado ya el último adiós: aquel semblante adorado, flaco todavía pero coloreado ya por la vida, embellecido por el gozo no esperado de volverse á encontrar entre los hijos; tan bello, tan dulce, iluminado por

los rayos de la lámpara que excitaban las lágrimas tembrosas en sus ojos, allí donde ya nos habíamos resignado á no volverles á ver más! No de la luz, sino de aquel rostro parecía salir la luz caldeada que llovía sobre nuestra frente, sobre nuestro pan, sobre nuestros vasos, con los cuales buscamos el suyo en el último momento en ademán de echar un brindis, que la emoción no nos dejó traducir en palabras. Una fiesta de Navidad semejante á aquella que celebramos hacía veinte años: ella rejuvenecida, nosotros niños, la casa resucitada, la vida que comenzaba con el ocaso del año, en una claridad de aurora.

Luego la Navidad en otra casa más hermosa y más querida que la antigua, regocijada por la sonrisa de una boca que no hablaba todavía. Nosotros tres solos, y pare-

cíame que enderredor de la mesa se sentaba una multitud ruidosa. Nevaba copiosamente; en la habitacioncilla sin embargo resplandecía la primavera, y era hermoso el invierno, y era alegre la nieve, y toda la casa olía á flores de esperanza y resonaba con dulces palabras y risas como en el bosque los trinos al salir el sol. Oh querida primera mesa de Navidad toda mía! Querida y santa memoria! Era aquel también un Mesías esperado, redentor del mundo para mi alma, porque persuadido ya casi á odiarle por la experiencia de sus tristezas, volvía otra vez á amarle, gracias á él que lo iluminaba todo con su mirada azul y lo llenaba con el blando soplo de su vida. Y al dormirse, no cesó la fiesta, porque todavía fué más dulce el hablar de él en voz baja para no despertarlo, echándole una mirada á cada palabra, y más íntimo y más querido aquel devoto recogimiento en derredor de la cuna, mientras sonaba sobre nuestras cabezas el ruido de la fiesta de los vecinos.

Pobre gente que festejaba la Navidad divina sin el pequeño Dios.

Otra fiesta de Navidad también inolvidable después de una semana de ansias tremendas, en medio de los dos niños alicaídos, convalecientes de una escarlatina grave, pero ya alegres y vivarachos como antes. Habíamos temido en aquellos días, casi delirando, la suprema desventura, y decidido en nuestro ánimo no sobrevivirlos. La curación era la salvación de los cuatro. Fue una embriaguez de gozo. Ellos mismos quisieron que puséramos la mesa ya dispuesta entre las dos camitas, y arrodillados á las orillas y envueltos en mantas con los codos sobre el mantel, asistían riendo y jugando á nuestra pobre comida, mirándonos de hito en hito con la cara sorprendida, porque no comprendían el motivo de que nos riéramos como ellos y que corriera por nues-

tras mejillas gruesas lágrimas. Alargaban sus manitas para enjugarnos los ojos, y nosotros se las cogíamos para cubrirlas de besos, y nuestra pobre comida que hubiera sido parca para dos obreros, parecían un banquete de príncipes festejando una victoria gloriosa. Y mirando por las vidrieras á las cien ventanas lejanas, pensábamos que en ninguna de aquellas cien casas se celebraba una Navidad tan tranquila, tan llena de emociones, tan beatífica como la nuestra!

Siguieron después la serie de navidades del período mejor de la existencia, cuando todas las fuerzas han llegado á su madurez y el ánimo ha adquirido toda su gravedad y firmeza, cuando los hijos son jovencillos y en la casa tranquila se agita el trabajo y sonríe la fortuna; aquellas navidades celebradas con algún amigo del alma y de la

inteligencia, que vienen á ser como el epílogo gozoso de un buen año de laboriosidad, no perturbado por ningún grave tormento; aquellas fiestas domésticas, en que al placer de tener á nuestro lado antiguos amigos se une el de ver ante nosotros amigos nuevos, los propios hijos, que han abandonado la *pretesta* intelectual, que por primera vez, animados por el regocijo de la hora, entran en motivos nuevos de conversación para ellos, manifestando ideas y conocimientos inesperados, facultades de la mente no previstas y cualidades del alma que reflejan vuestra alma y una virilidad precoz de la razón; la cual os hace exclamar, pensando en su infancia de ayer:— Oh qué de prisa se han acumulado las navidades!— más sin pensar de que se hayan acumulado también para nosotros, que no queríamos tener ni una menos para no ver retrotraída ni un año siquiera el gentil florecimiento de su espíritu. ¡Oh hermosas y triunfales navidades, queridas fiestas de la familia joven y de la

vieja amistad, palpitantes de afecto y chispeantes de risas y de pensamientos, que han quedado erguidas en mi memoria como las cimas doradas de la vida!...

*

Luego... ya no hubo Navidad y no la habrá más. Ahora se teme que llegue la fecha, y el día es uno de los más tristes del año. La cadena de recuerdos antiguos, sonrientes y melancólicos, mezclados aun estos últimos con cierta dulzura, se ha roto como herida por un rayo, y los postreros anillos penden sobre un abismo tenebroso. El nombre de aquella fiesta, que suena alegre al corazón de los felices como la nota de una campana matutina anunciadora de un día sereno, ha llegado á ser una amarga palabra de escarnio, que repugna el labio proferir y escribir la pluma. ¡Oh, que no conría aquel día el sol, que por veinte años encendió sus cabellos de oro, y no caiga tampoco la nie-

ve, á quien festejaba su cándida juventud. Cubra la niebla la ciudad, y escóndala al mundo, fría y muerta como la mesa donde él ya no ha de sentarse más; y que no se acerque á mí, ni á traición siquiera, ninguna consoladora imagen; como no sea la imagen del alma negra y solemne, de la boca sin labios, que con un beso en los ojos nos seca el manantial de las lágrimas para siempre!

EL CANTO XXV DEL INFIERNO

Y

ERNESTO ROSSI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ve, á quien festejaba su cándida juventud. Cubra la niebla la ciudad, y escóndala al mundo, fría y muerta como la mesa donde él ya no ha de sentarse más; y que no se acerque á mí, ni á traición siquiera, ninguna consoladora imagen; como no sea la imagen del alma negra y solemne, de la boca sin labios, que con un beso en los ojos nos seca el manantial de las lágrimas para siempre!

EL CANTO XXV DEL INFIERNO

Y

ERNESTO ROSSI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL D

EL CANTO XXV DEL INFIERNO

I

ERNESTO ROSSI

Oí recitar por vez primera el Canto XXV del Infierno á Ernesto Rossi, en 1865, cuando se hallaba en la cúspide de su arte. No podrá ciertamente concordar con mis juicios quien le oyera recitar aquel canto en sus últimos años; no sólo porque de viejo no tenía ya aquella hermosa pronunciación pura y esculpida que había sido uno de sus

Aire y Luz

10

méritos más admirables, ni aquella voz ágil y límpida, de la cual, aun hablando bajo y mejor entonces que nunca, hacia oír las inflexiones más tenues, como si hablara al oído de cada oyente, sino principalmente porque habiéndosele debilitado la memoria y desconfiando de ella, confundía con frecuencia, omitía palabras y truncaba versos por la mitad, y alguna vez también le ocurría que atacaba y se quedaba parado un momento como desvanecido. Además últimamente había hecho en el modo de presentarse al público una innovación que, á mi parecer, estaba mal inspirada. No se presentaba ya vestido á la usanza florentina antigua, sino de levita y corbata blanca, y en lugar de recitar en el proscenio con el telón corrido, sin dar casi un paso, como un conferenciante, teniendo de esta suerte más recogida la atención del auditorio, se movía por el escenario, alejado del proscenio, de modo que al público se le escapaban en parte los movimientos de su rostro y

ciertos matices de su dicción, y la mímica andaba como dispersa en un espacio demasiado vasto. Quizá me equivoque; pero no creo que los cantos de Dante, en el teatro, deban ser recitados por un actor que parezca un empleado regio del «novecientos» invitado á un banquete de gala en la Prefectura. Hablo, pues, del Rossi de 1865, cuando se presentaba en escena con el manto rojo y treinta y seis años sobre sus hombros, con las medias y los cabellos negros y con todos los «marfiles» propios.

La impresión que me hizo el Canto de las Serpientes recitado por él fué la más viva y la más profunda que yo haya experimentado en el teatro con la poesía.

No quiero con esto conceder una parte demasiado amplia al valor del artista. Siendo todo acción é imágenes sin oscuridad alguna de pensamiento ni de lengua, aquel canto es quizá el más recitable de todo el poema. A mí también me parece el más maravilloso canto descriptivo de la *Divina Co-*

media. Ni creo que baste esta alabanza: me parece la maravilla más grande, que haya producido en la descripción poética el ingenio humano. Supongamos con un esfuerzo de imaginación, que no conocemos aquellos versos y que tenemos que describir en otra forma cuanto allí se describe: se nos presentará como una empresa espantable y desesperada la de restringir con igual brevedad de espacio una tal cantidad y variedad de extrañeza de casos, de movimientos, de aspectos, de actitudes, de menudos y fugitivos detalles, y la expresión de tantos y tan diversos sentimientos de maravilla, de horror, de desdén, de desaliento. Y lo más sorprendente es que, siendo las cosas descritas de las más difíciles de representarse con palabras, sea éste uno de los cantos en que parece más fácil el verso y más espontánea la rima. Se van sucediendo tercetos á tercetos sin una sombra aparente de esfuerzo, sin un giro de frase que parezca impuesto por la necesidad del ritmo, sin un ripio,

sin ningún tropiezo, sin una expresión cuyo sentido no se comprenda desde luego. Si se ensaya poner en prosa este canto no se logrará ni por casualidad ni de intento quitar una frase ó una palabra que no deje un vacío nocivo para el efecto artístico, ni á sustituir una locución que no sea menos natural y menos propia que la del texto; y no sólo esto, sino que se necesita un gran esfuerzo para retener la materia, que casi se desborda por todas partes fuera de las formas de bronce en las cuales el poeta la ha encerrado y comprimido.

La primera transformación está descrita rápidamente, con tres símiles nada menos, el de la yedra, el de la cera y el del papiro, y con una cierta insistencia de imágenes sobre la monstruosidad de las dos formas confundidas en una. La transformación siguiente, que por razón de arte, debía ser también más rápida que la primera, no tiene más que una sola comparación, la del caracol, comprendida en un solo verso y

sin un toque siquiera repetido. Aquí la descripción no camina, sino que corre; es como un solo ímpetu de inspiración; es la elocuencia ansiosa del que narra un acontecimiento que le ha aterrado y cuyo terror le estremece todavía. En once tercetos van descritas veintidos mutaciones parciales del hombre y de la fiera, presentados juntos de de dos en dos, con un orden riguroso de sucesión, con una correspondencia perfecta de contraposiciones, á veces cuatro en tres versos; con una destreza tan pronta que veis la una y la otra casi al mismo tiempo, y ocurre también en más de un punto que nuestra imaginación se queda rezagada con respecto á las palabras. El poeta afronta y vence con una agilidad prodigiosa todas las dificultades más delicadas y más terribles, para buscarlas y jugar con ellas, para demostrar que no hay impedimento ó peligro que detenga ó haga decaer su ingenio. Cuando una de las dos sombras se levanta y la otra cayendo, creéis que la transforma-

ción está ya hecha, os da todavía una sacudida inesperada y la más fuerte de todas, haciéndoos ver las orejas saliendo de las mejillas y meterse otra vez en la cabeza, alargarse y recogerse los hocicos, y partirse y encerrarse las lenguas, con doce versos que son un milagro de evidencia, y que aun poniendo de manifiesto las particularidades, que de toda la transformación eran los más arduos de pintar, parecen dictados de improviso y como si se precipitaran hasta cerrar con aquella frase eficazísima: *e il fummo resta*; la cual trunca la visión como de golpe y os lleva el pensamiento á su principio, donde el humo de la boca y el de la llaga, al encontrarse, dan impulso al prodigio.

Y en todo el canto hay profusión de metáforas vivas y poderosas, los atrevimientos osados, como dice Leopardi, de la lengua y del estilo; son de una fuerza estupenda y sin embargo están usados con la más rigurosa parsimonia; los epítetos, de los cua-

les se encuentra uno solo en los treinta y seis versos de la segunda transformación (*empie*, referido á la *lucerne*) que no sea rigurosamente necesario; y á los cambios de forma y á los actos corresponde admirablemente la armonía variá del verso, que casi siempre se rompe y se desata con cierta forzada lentitud cuando dice algo de extraordinario en lo extraordinario, y fluye siempre en los símiles, puestos allí como de pasada; y no hay pasaje alguno ó unión que muestre el artificio, sino que más bien están unidas, soldadas entre sí de tal modo las varias partes que las *junturas no dan señal alguna que lo parezcan*; y hay tal copia de vocablos y de frases, estoy por decir, esplendentes, y de construcciones felices que el que estudia la lengua tiene para recoger más que en un libro. Y luego, y dejando á un lado el arte, qué acción! El ladrón que insulta á Dios, las serpientes que entrelazando al ladrón lo sujetan y lo ahogan, el centauro que llega y lo persigue, los

tres espíritus, no vistos de pronto, que acuden; uno de ellos que se identifica con una serpiente monstruosa, el otro que con otro monstruo cambia forma y sustancia, el hombre nuevo que escupe el alma degradada que huye, y en medio de todo esto Dante que impreca, Virgilio que relata las sombras que interrogan y hablando entre sí se despiertan; y por último la fuga de los dos espectros humanos, y el poeta que, si bien confuso y perdido de ánimo, reconoce al último y le anuncia á la tierra de Gaville, á la cual con la propia muerte ha traído aquella desolación. ¡Cuánto movimiento, cuántas cosas y qué tremendas! Volviendo la vista atrás, os parece haber leído un poema, y no es más que un canto, y no habéis leído, habéis visto, y la visión dura, y temblais aun de emoción. Y no son más que treinta terestos. *Quelle poigne*. Perdonadme la frase francesa que primero me ha ocurrido.

Volvamos á Rossi y á su recitación dantesca; en la cual no busco ni me sería posible separar todo lo que él pusiera de propio y lo que fuera imitación de Gustavo Modena; de quien decían algunos, seguramente con exageración, que repetía todos los acentos y todos los gestos. Mi aspiración no es otra que demostrar una vez más, cuánto no serviría para facilitar al público la inteligencia del Poema, y para difundir la admiración y el culto que todos sentimos por él, si nuestros mejores artistas dramáticos hicieran de él estudio especialísimo y lo recitaran frecuentemente, hasta llegar á formar una costumbre de nuestro teatro, como por ejemplo ha llegado á ser la recitación de monólogos: prescindiendo de lo irreverente de la comparación. Con este propósito me ingeniaré para dar una idea, á quien no haya oído á Rossi, de cómo él recitaba el canto de las serpientes.

Desde los primeros versos conmovía á los oyentes con el ademán de Vanni Fucci,

que se queda mirando fijamente muy fijo, á Dios, blandiendo los puños en alto y volviendo al cielo sus torvos ojos, con la cabeza echada hacia atrás y el cuello retorcido, en la actitud del que desde el fondo de un barranco desafiara á un enemigo subido sobre una montaña, y con una sonrisa de escarnio feroz, en la que brilla toda la envidia y toda la rabia de un alma dañada indomable. El auditorio era suyo desde aquel momento. Inmediatamente después obtenía un efecto todavía más fuerte con las palabras:—*T' non vo', che più diche*—con las cuales, golpeando rabiosamente sobre cada sílaba, parecía expresar los esfuerzos sucesivos de la serpiente alrededor del cuello del blasfemo, é imitaba el ruido de una voz sofocada por el ahogo. No declamaba sin embargo, no levantaba la voz más que lo hubiera hecho en un salón diciendo el canto á veinte personas, y en el apóstrofe á Pistoia, en vez de esparcirla, la recogía, templando el sonido de la ira con un acen-

to de dolor por la ofensa inferida á Dios, y poniendo en el doble vocativo una nota casi de piedad por la ciudad malvada, cuyas murallas parecia que trataba de buscar su mirada en el horizonte. Hacía luego un gesto prolongado y lento con la mano, para señalar un dilatadísimo espacio, antes de decir los dos versos.

Per tutti i cerchi dell'inferno oscuri
Spirto non vidi in Dio tanto superbo,

que los decía gravemente, como el acento lo exige, para dar tiempo á los oyentes de representarse la multitud inmensa de condenados sobre los cuales el ladrón pistoyés tenia el primado execrable de la impiedad y de la soberbia, y decía:— *Non parló più verbo*—con una indicación de ojos, como para hacer comprender que aquel ya no blasfemaba más, al marchar, no porque se fuera aplacado, sino porque le cerraba el paso á la blasfemia la cuerda viva que tenía en la garganta.

El gigante que se acercaba lo veía. Rosi gritaba:— *Ov'è, ov'è l' acerbo!* con voz gruesa y ronca, como un ladrido, imitando el sonido que sale de un ancho pecho anhelante por una carrera, y mirando rápidamente en derredor como para buscar el ladrón desaparecido. Luego, de repente, cambiando de cara y de voz, que desde la expresión de la ira amenazadora de Caco pasaban á la de la repugnancia sentida por el poeta á la vista de las culebras innumerables que se deslizaban sobre la grupa del monstruo, mudaba de acento otra vez y decía

E quello affoca qualunque s'intoppa

con una voz violenta y extraña, abriendo la boca y anhelando, como quien sienta arder sus vísceras y respire y sople un aire de fuego.

De gran efecto era la manera como decía el verso

Glie ne diè cento e non senti le diece

volviendo la cabeza y haciendo un gesto despreciativo á la imagen de Caco muerto: el efecto era casi cómico, como debía ser, y notablemente vivo por la sencilla razón de que el artista daba á las palabras *non senti le diece* una entonación de burla muy usada en nuestro hablar ordinario; la cual acercaba, por decirlo así, á nuestra imaginación el hecho narrado por Virgilio, y á Virgilio mismo. ¿Quién no ha observado que los grandes artistas obtienen también en partes trágicas sus mayores efectos con entonaciones y con acentos naturalísimos, que son como frases musicales del lenguaje común de la pasión?

Toda la relación de la llegada de los tres espíritus, del modo como los poetas advierten su presencia y ellos se dan á conocer, Rossi la decía en voz baja, lentamente, como se suele contar todo hecho que haya despertado gran curiosidad y mantenido el

ánimo incierto, y poniéndose el dedo *sobre la boca desde la barba á la nariz* así permanecía un instante, en silencio, suscitando en los oyentes un sentimiento vivísimo de ansiedad y casi la excitación del que espera un prodigio.

Nos hallamos en la transformación 1.^a—En este punto estaba verdaderamente admirable. Repito: no declamaba, hablaba, destacando las sílabas, cortando las palabras con una precisión maravillosa y acentuando las imágenes con un gesto sobrio, pero vigoroso y preciso, con una verdadera «elocuencia de las manos» que esculpían, dibujaban y hablaban al mismo tiempo. Imitaba con dos sacudidas vivas de la cabeza el movimiento de la serpiente que muerde una y otra mejilla de la sombra, y en la actitud impetuosa con la cual juntaba y apretaba las manos hacía ver bien el agarrarse y el penetrarse de los cuerpos, y decía estupidamente el símil del papiro que arde, volviéndose hacia un lado, hacia los oyentes más

próximos, como para explicar la cosa á alguno que no la hubiera entendido bien, y restregándose el pulgar y el índice, como quien busca la expresión de una minucia difícil de decir, y está impaciente por librarse de ella para seguir más allá. Y qué sentido más profundo de estupor y de terror daba á la exclamación de los dos espíritus espectadores:—Omé, Agnel, *come ti mutil*! La alargaba, la arrastraba, como suele hacer con las palabras el que está aterrado y estupefacto juntamente, y casi no cree en lo que sus propios ojos ven, y sacaba una voz como la de quien habla á una persona lejana, que difícilmente lo oiga: idea justísima, á mi juicio, porque la transformación alejaba en cierto modo á Agnello, espiritualmente, de los compañeros que habían permanecido en forma humana: los cuales debían pensar que mudando de naturaleza, él no oiría ya las palabras de ellos más que como en sueños.

Due e nessun l'immagine perversa
Parea...

El acento y el ojo dilatado y fijo, con que él miraba aquella imagen, expresaban el horror que se experimenta á la vista de un monstruo, y todavía lo hacía sentir más en la frase: *e tal sen giá con lento passo*; la cual para los demás no sé, pero para mí, aun en la lectura, tiene una eficacia terrible, y me parece puesta allí con arte por el poeta para mantenernos delante de los ojos la figura horrenda: tanto más horrenda cuanto que no está determinada (*membra che non fur mai viste*): por lo que por delante de la imaginación del lector, que se esfuerza por representársela pasa rápidamente una serie de formas confusas y monstruosas, cada una de las cuales le renueva y le acrecienta en el ánimo el desaliento. *Sen giá con lento passo*. Y el artista acompañaba aquella cosa informe con los ojos, mientras se alejaba, bajando y levantando lentamente la mirada.

Aire y luz

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO"

Apdo. 1675 MONTA...

como para rebuscar en él, de la cabeza á los pies un resto de los aspectos de la fiera y del hombre, que en él se habían pervertido y perdido.

De gran efecto era el acento con que decía el verso

Lívido e nero come gran di pepe,

bajando los ojos y contrayendo el semblante con la expresión del que mira en la tierra algo que le produce asco y miedo, y no menos vigorosa la imagen que él daba del espíritu herido esbozando un bostezo, estirando los brazos y afirmando los pies con un esfuerzo como quien quiere resistir á un sueño profundo que le invade la mente y los miembros. Luego, de pronto, erguía la cabeza, se iluminaba su rostro y lanzaba sonora, como un canto, la exclamación:—*Taccia Lucano omai...*—una voz en la cual palpataba la fuerza y la altivez del poeta inspirado que tiene conciencia de elevarse

por cima de sus émulos, un toque gallardo de desafío, un grito de triunfo, una belleza.

...En el recitado de la segunda transformación, más difícil porque en ella están más escuetos los versos y las transiciones son abundantes, estaba aún más admirable que en la primera.

Pars mantener siempre presente al pensamiento de los oyentes las dos transformaciones contrapuestas, é impedir que se confundieran á sus ojos las dos visiones, volvía continuamente la cabeza de aquí y de allá hacia el hombre y hacia la serpiente, y señalaba con la mano ya á uno ya á otro al decir el cambio que se operaba en cada uno, y con el ademán representaba el juntarse los muslos y las piernas, el meter los brazos por los sobacos y el alargarse los *pies cortos* de la fiera; pero con gran medida, con ademanes, no gesticulando, tanto más correcto cuanto más vivaz era, y acalorándose paso á paso, pero sin forzar jamás la voz, apagándola, por el contrario, y precipitando

las palabras á medida que se desenvolvía y agrandaba el prodigio, poniendo solamente una creciente energía en la pronunciación y una expresión de más elevada maravilla cada vez y de mayor y más fuerte terror en los ojos. Yo le esperaba en el terceto sabroso en que se forma la virilidad humana en la serpiente y la del hombre se corta, temiendo que la risa y los murmullos del público rompieran el efecto estupendo del recitado; pero dijo aquellos versos con un apagamiento de voz y con una expresión tan grave y triste de conmiseración en el acento y en la cara, que no advertí en mi alrededor ni siquiera el vislumbre de una sonrisa y no se oyó en todo el teatro ni el principio del más ligero murmullo. Y recuerdo bien que fué Rossi quien me hizo sentir la primera vez todo el valor de los dos versos:

Non torcendo però le lucerne empie
Sotto le quai ciascun cambiava muso,

que recitó á modo de paréntesis, recalcando las palabras y sosteniendo inmóvil la mirada, con una expresión aterrorizada y siniestra, para hacer comprender bien que aquellos dos se habían mirado siempre de aquel modo durante toda la transformación, y que ésta se había cumplido precisamente por el efecto de aquella fascinación recíproca: y aquella mirada daba horror. Y muy sagazmente truncaba el canto en el terceto quinto, contando desde el último, para dejar viva y plena en los oyentes la impresión de la escena terrible; y pronunciando extrañamente el último verso

E l'altro dietro a lui parlando spnta,

casi escupiendo las palabras, con una voz que parecía producida por un órgano no ejercitado todavía al acento humano, se iba con pasos rápidos largos y con la cabeza inclinada sobre la imagen de la fiera fugi-

tiva, detrás de la cual desaparecía, tambaleándose en medio de la escena.

Pues bien, el efecto que alcanzó este canto, dicho de este modo, en el público heterogéneo que llenaba aquella noche el teatro, apenas es creíble. Estaba en la platea: recogí primero las exclamaciones y luego los comentarios de gentes para quien la Divina Comedia no era más que una vaga reminiscencia de la escuela, ó quizá menos que esto: un título, y nada más, que significaba algo de enorme y de oscuro, una región ideal, misteriosa, no revelada más que á los privilegiados del ingenio y de la doctrina. Parecían maravillados por haber comprendido, y de haberse conmovido y divertido; estaban francamente contentos y orgullosos de haber oído, sentido por vez primera la juventud triunfante de aquella poesía de seis siglos, y de poder decir:—Es gloria

nuestra.—Qué cosa, sh?—Parecen versos escritos ayer. Si nos hubieran leído á Dante así, cuando íbamos á la escuela!—Todos hubieran vuelto quizá á la noche siguiente, si el artista hubiese repetido el recitado. Y creo que en todos surgiesen las mismas preguntas que yo me hice á mí mismo:—Por qué no recita un canto por semana cada una de las compañías dramáticas? Por qué no se ingenian para leer á Dante de aquel modo todos aquellos que lo explican? Por qué no se dan premeditadamente recitados dantescos públicos para la juventud que estudia? Verdaderamente jamás me había imaginado que una buena declamación de un canto del poema, aun de los más fáciles de entender pudiera hacernos comprender y sentir tantas cosas no advertidas antes; que un acento, un gesto, una expresión del rostro pudiera iluminar de aquel modo, como un relámpago, una idea, una imagen, un intento del poeta, los cuales, sin embargo, nos habían parecido clarísimos al leerlos: que

recitándonos un canto de los más conocidos, casi sabido por nosotros de memoria, pudiera un actor obtener el efecto de hacernos rebuscar el tal canto, apenas volviéramos á casa, hacérselo releer ávidamente y meditar y gustar como cosa nueva. Y me ocurrió lo mismo pocas noches después con el Canto VI del Purgatorio; en el cual (por recordar sólo una cosa) cuando oí á Rossi aquellas palabras:—*Io son Sordello, della tua terra!*—Dichas de un modo tan distinto de lo que siempre había oído y sonaban en mi mente, gritadas, esto es, con el grito de amor y de gozo del desterrado solitario que vuelve á ver en medio de una multitud extraña á un hermano, y acompañadas de un arranque impetuoso de su persona para abrazarlo, comprendí que no había entendido y sentido hasta entonces toda la gentileza del *alma lombarda*; y no la había comprendido, en efecto, cual me apareció después por un estudio más atento en su discurso; todo palpitante, sí, de generoso

desdén, pero de afacto á la vez, no menos que de desdén, y de una dulzura profunda, bajo la fuerza. Y al salir del teatro dije para mí también aquella noche, como quizá otros muchos lo dijeron:—¡Si fuese ministro de Instrucción pública!...

*

Y por qué no? Es tan común aun entre los pobres diablos una suposición mucho más atrevida:—Si yo fuese rey...—Si fuese ministro, repito, de Instrucción pública, encontraría de seguro un modo, que no fuera una simple exhortación, de inducir á nuestros mejores actores dramáticos á recitar frecuentemente los cantos de Dante, y no sólo en los teatros, sino en las escuelas, en los Institutos, en las fiestas escolares, en todas las conmemoraciones solemnes, que se hicieran del poeta ó de todo personaje ó suceso celebrado en el poema. La emulación que se encendería así entre ellos, el

estudio literario á que serían arrastrados por la emulación, el estímulo que sentirían por la conciencia de ejercer una función artística tan elevada y tan fecunda, y las inspiraciones y las enseñanzas que sacarían unos de otros con tal ejercicio, creo que conducirían en breve tiempo el arte de la recitación dantesca á un grado de perfección tal, que satisfaría aun á los más difíciles de contentar. A propagar el estudio de la Divina Comedia, que debería ser el fundamento de nuestra cultura literaria, la cual (piénsese lo que quiera por la gente práctica) se hace cada vez más necesaria al tiempo presente, en que á todos ocurre cada vez con más frecuencia de hacer valer en público con la voz ó con la pluma opiniones, pasiones y propósitos, creo que esta enseñanza artística serviría de modo maravilloso. Y no sólo serviría á los que se hallan ayunos de literatura, sino también á los cultos, y á los que enseñan á Dante en particular, que no todos son maestros (me figu-

ro) en el arte de leer, y aun más que á ellos, á sus discípulos, en los cuales la dición de los actores, iluminando y encendiendo el material de los comentarios gramaticales y eruditos, imprimiendo los versos en la memoria, y suscitando el amor y la ambición de la bella lectura, pienso que daría frutos superiores á lo que se espera. Y no creo que ni para el gran público convenga restringir la lectura al recitado de los cantos más fáciles y más dramáticos, puesto que no hay Canto tan abstruso que, dicho bien por un artista que lo entienda, no se aclare algo ó bastante aun en la mente del oyente menos culto. Jacinta Pezzana lo ha experimentado con el Canto XVIII del Purgatorio. El deleite manifesto de los que comprenden y el deseo de poder admirar lo que otros admiran hace el efecto de fustigar la pereza intelectual de los profanos, les excita á leer, á prepararse á la audición, á meditar sobre ella después, á ponerse en grado de decir algo sobre el argumento de que

hablan todos aquellos que saben. Esto se experimenta en las conferencias, que tanta voga han alcanzado en estos últimos años. Y precisamente no podría ser más propicio el momento para llevar á Dante al teatro, donde acude tanta gente á oír hasta disertaciones de filosofía, de un sentido bastante más duro que cualquier canto del Paraíso. Ciertamente Dante desarraigaría á muchos conferenciantes. Pero sería siempre mayor la fortuna que la desgracia.

Y entonces se podría decir verdaderamente, casi sin metáfora, que Dante está vivo, porque además de estarlo en el culto de la vigésima generación posterior á la suya, y en las obras de arte innumerables derivadas de su pensamiento, y en todas las otras formas mudas de la gloria, estaría vivo también en la voz resonante y en el ademán visible de mil personajes de su poema, vivo en el sonido de sus admoniciones proféticas y de sus grandes gritos de amor y de ira, vivo entre las multitudes, en la luz, en me-

dio de los aplausos, en las sonrisas y en las lágrimas de las mujeres, y en la nueva admiración del pueblo, llevado por vez primera á sus tres reinos por el arte que palpita y que habla.

FIN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

	<u>Págs.</u>
El secreto de Luisita.—Cuento.	5
El último amigo.—Boceto.	83
Nuestros campesinos en América. (Conferencia pronunciada en Trieste).	65
Recuerdos de Navidad.	121
El canto XXV del infierno y Ernesto Rossi.	143

